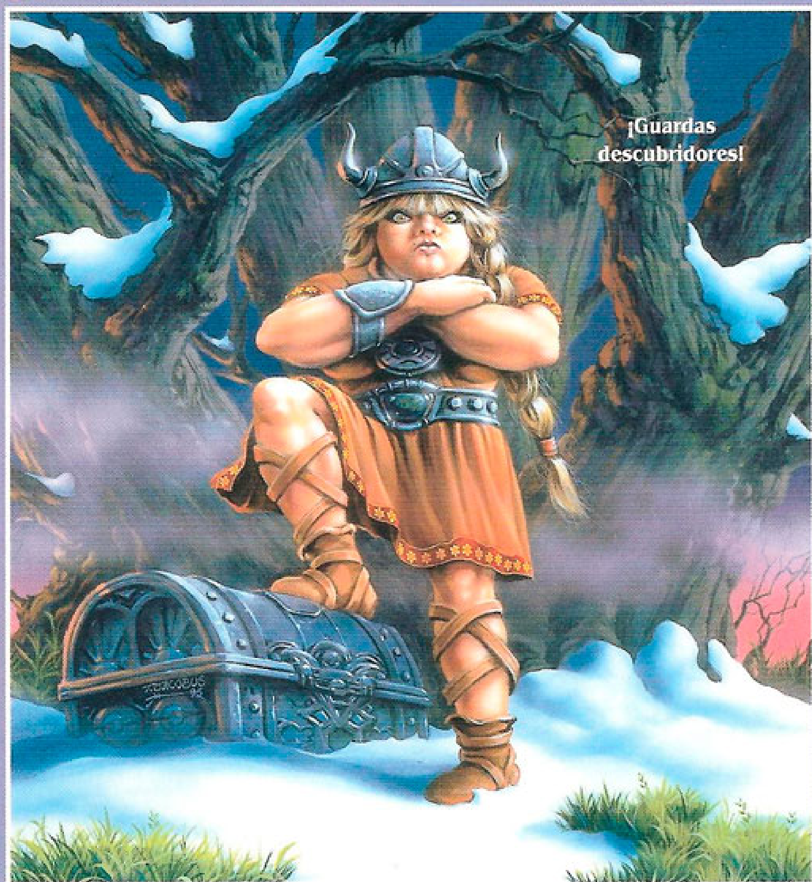
R.L. STINE

Pesadillas

La Leyenda Perdida



Al padre de Justin le encanta contar cuentos. Es un escritor famoso y un coleccionista de leyendas.

Por eso Justin y su hermana Marissa terminan en Brovania. Su padre está buscando un antiguo manuscrito llamado la Leyenda Perdida. Justin y Marissa le quieren ayudar. Pero en lugar de encontrar la Leyenda Perdida, acaban por perderse en los bosques de Brovania que están llenos de extrañas criaturas: cientos de ratones, perros plateados y terribles vikingos de otra época…



R. L. Stine

La Leyenda Perdida

Pesadillas - 45

ePub r1.1

Titivillus 15.04.16

Título original: *Goosebumps #47: Legend of the Lost Legend*
R. L. Stine, 1996
Traducción: Sonia Tapia

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2





Justin Clarke tironeó de los guantes para acomodárselos bajo las mangas de la parka azul, se protegió los ojos con la mano y miró alrededor.

—No veo a papá —le dijo a su hermana Marissa—. ¿Lo ves tú?

—¡Yo no veo nada! —replicó su hermana a gritos para hacerse oír por encima del viento—. ¡No veo más que hielo!

Los perros del trineo ladraban inquietos, ansiosos por ponerse de nuevo en marcha. Justin entornó los ojos y volvió la cabeza a izquierda y derecha. El hielo se extendía brillante y plateado bajo el sol deslumbrante. A lo lejos se oscurecía tornándose azul, hasta que el azul parecía fundirse con el cielo. Era imposible distinguir dónde terminaba el hielo y dónde empezaba el cielo.

—Qué frío… —murmuró Marissa. Una ráfaga del viento le echó hacia atrás la capucha, dejando al descubierto su pelo rojizo. Alzó las manos al instante y volvió a cubrirse la cabeza.

Justin se frotó la nariz y se apretó las mejillas con los guantes, intentando darse calor. Los perros tiraron del trineo. Justin lo cogió para evitar que se deslizara.

—¿Y ahora qué hacemos? —preguntó Marissa, con un ligero temblor en la voz.

Justin sabía que su hermana tenía tanto miedo como él. Se subió al trineo.

—Seguir adelante, hasta que encontremos a papá.

Marissa movió la cabeza, sujetándose la capucha con las dos manos.

—¿Y si nos quedamos aquí? —sugirió—. Si nos quedamos, a lo

mejor papá nos encuentra a nosotros.

Justin la miró atentamente. «¿Por qué está Marissa tan rara?», se preguntó. Y entonces se dio cuenta: ¡Las pecas le habían desaparecido con el frío!

—Hace demasiado frío para quedarse parados —explicó—. Si seguimos avanzando entraremos en calor.

La ayudó a subir al trineo. Justin tenía doce años, sólo uno más que Marissa, pero era corpulento y fuerte; en cambio ella era pequeñita y delgada.

Los perros lanzaban gruñidos y movían las patas impacientes.

—¡Odio la Antártida! —gimió Marissa, cogiéndose al trineo con las dos manos—. ¡La odio a muerte! ¡Ni siquiera sé cómo se escribe!

«Oh, ya estamos otra vez —pensó Justin—. Cuando Marissa empieza a quejarse, no hay quien la haga callar.»

—No pasa nada —se apresuró a decir—. En cuanto encontremos a papá, todo irá bien. Y viviremos aventuras increíbles.

—¡Odio las aventuras increíbles! —exclamó Marissa—. Las odio casi tanto como a la Antártida. Me parece increíble que papá nos haya traído a este sitio espantoso… ¡Y encima va y se pierde!

Justin miró el cielo. Empezaba a ponerse el sol, y los rayos dorados relucían en el hielo.

—Ya verás cómo pronto encontramos a papá —dijo. Se caló la capucha hasta las cejas—. Venga, vamos, que si no nos quedaremos congelados. —Y con voz profunda azuzó a los perros.

Los animales bajaron la cabeza y se pusieron en marcha con brío. El trineo dio un tirón y comenzó a deslizarse.

—¡Uuuaaaaa! —Justin lanzó un grito al notar que se caía. Se le resbalaron las manos del asa del trineo. Intentó aferrarse otra vez desesperadamente pero falló. Al final cayó de espaldas sobre el hielo—. ¡Uuuuff! —De golpe se había quedado sin aliento y agitaba los brazos y las piernas en el aire, como un insecto boca arriba.

Por fin logró sentarse, parpadeando. El hielo relucía tanto en torno a él que apenas vio el trineo que se alejaba a toda velocidad.

—¡Justin! ¡No puedo parar! —El grito de Marissa se oyó débilmente contra el silbido del viento.

—¡Marissa!

—¡No puedo parar! ¡Socorro! ¡Socorro! —Pero su voz sonaba ya muy lejana.

2

Justin se levantó de un brinco y echó a correr tras el trineo, pero volvió a caerse, esta vez de bruces. «¿Cómo voy a correr con estas raquetas de nieve en los pies?», se dijo. Pero no tenía otro remedio. Se levantó de nuevo y siguió corriendo. Tenía que alcanzar el trineo. No podía dejar que Marissa se enfrentara sola al frío y al hielo infinito.

—¡Ya voy! —gritó—. ¡Ya voy, Marissa! Agachó la cabeza y hundió las raquetas en la superficie del hielo. Dio un paso, luego otro, y otro. Sin dejar de correr, alzó la cara para mirar a lo lejos.

El trineo era una oscura mancha azul contra el resplandor del hielo. Una mancha diminuta.

—¡Marissa! —gritó jadeando—. ¡Para el trineo! ¡Tira de las riendas! ¡Tira!

Pero sabía que no podía oírle. Le martilleaba el corazón en el pecho y sentía una punzada en el costado. Las piernas le dolían del esfuerzo de correr con las raquetas de nieve, pero no se detenía, no aminoraba el paso.

Cuando alzó de nuevo la vista, el trineo parecía más grande, más próximo.

—¿Eh? —exclamó en voz alta, lanzando una nube de vapor blanco.

«¿Lo estaré alcanzando? —se preguntó—. ¡Sí!» El trineo se veía mucho mejor ahora. Estaba más cerca, en efecto. Vio a Marissa, aferrándose a él con una mano mientras que con la otra le hacía gestos frenéticos.

—¿Cómo… cómo has logrado parar? —preguntó Justin cuando

por fin llegó junto a ella.

Marissa le miró con sus ojos azules, llenos de miedo. Le temblaba la barbilla.

—Yo no lo he parado.

—Pero…

—Se ha parado solo —le explicó la niña—. Los perros se pararon de pronto. Tengo miedo, Justin. Se pararon ellos solos. Míralos.

Justin se volvió hacia los perros.

Los seis tenían la cabeza gacha y el lomo arqueado, y aullaban y se agitaban muy pegados unos a otros.

—Algo los ha asustado —murmuró Justin, con un súbito escalofrío de temor.

—No quieren moverse. Se han quedado ahí gimiendo. ¿Qué hacemos ahora?

Justin no dijo nada. Pasó por delante del trineo y los perros, y lo que vio le dejó de piedra.

Era un lago azul, casi perfectamente redondo, como si alguien lo hubiera excavado en el hielo. Un estanque de agua que reflejaba el limpio azul del cielo.

—¡Oh! —exclamó Marissa, que también lo había visto.

En el centro del lago se veía una criatura sentada en un trozo de hielo. Tenía la cabeza gacha y los miraba. Era un león marino. ¡Un león marino azul!

—¡Es el que buscaba papá! —exclamó Justin, mirando alucinado la fantástica criatura.

—El único león marino azul del mundo —dijo Marissa—. Una criatura mítica. Nadie cree que sea real.

«¿Dónde estará papá? —se preguntó Justin, sin apartar los ojos del león—. ¡Lo que se está perdiendo! Precisamente nos trajo a la Antártida en busca de este bicho. Y ahora está perdido. ¡Perdido! Y Marissa y yo somos los únicos que lo hemos visto.»

—¿Nos acercamos? —preguntó su hermana—. A lo mejor podemos llegar hasta la orilla para verlo mejor.

Justin vaciló.

—Papá decía que tiene extraños poderes. Creo que será preferible que no nos movamos.

—Pero yo quiero verlo mejor.

Marissa fue a bajar del trineo, pero de pronto se detuvo. Los dos

hermanos oyeron el ruido al unísono. Era un profundo rumor, primero más débil y lejano y luego más fuerte.

—¿De dónde viene? —preguntó Marissa en un susurro, con cara de miedo.

—¿Será el león marino? —dijo Justin—. A lo mejor ha rugido.

No. Volvieron a oírlo, esta vez más fuerte. Era como un trueno. ¡Y procedía de debajo de ellos! La tierra se estremeció. Justin oyó un crujido y bajó la cabeza, justo a tiempo de ver que el hielo comenzaba a resquebrajarse.

—¡Aaah! —Un grito de miedo escapó de sus labios, y de un salto se subió al trineo.

—¿Qué pasa? —preguntó Marissa.

Otro rumor bajo ellos. El trineo se ladeó como si fuera a volcar. El ruido del hielo al romperse acallaba el grave rumor. La tierra parecía abrirse a sus pies.

El león marino, sentado en el centro del lago, los miraba tranquilamente. Se oyó otro crujido y los perros comenzaron a aullar. El trineo brincaba y se ladeaba. Justin se agarró a él con todas sus fuerzas. La tierra que los sostenía se estaba resquebrajando. Al quebrarse el hielo, se abrió el lago y comenzó a salir el agua.

«No es un lago —advirtió Justin—. ¡Es un mar oculto debajo del hielo!»

—¡Estamos flotando! —gritó Marissa.

Los perros aullaban, apagando el sonido del hielo. El agua inundaba los costados del trineo, que acabó alejándose en la corriente. Justin y Marissa se aferraron a él, forcejeando para no caerse.

El león marino se desvaneció en la distancia, y ellos se alejaron flotando, balanceándose sobre el agua, en dirección al mar.

3

—¿Y qué pasó luego, papá? —le pregunté.

—Sí, no te pares ahí —rogó Marissa—. No puedes dejarnos en un trozo de hielo, flotando hacia el mar. Sigue con la historia.

Me subí el saco de dormir hasta la barbilla. Fuera de la tienda, el fuego casi se había apagado. En torno a nosotros se oía el zumbido de los insectos del bosque. Asomé la cabeza por la puerta de la tienda.

Estaba tan oscuro que no se veían los árboles. Sólo se distinguía un trocito de cielo púrpura, sin luna ni estrellas.

«No hay nada más oscuro que un bosque», pensé. Teníamos en la tienda una lámpara de petróleo que arrojaba una cálida luz amarillenta, pero no daba calor. Mi padre se abrochó el botón del suéter. Cuando entramos en la tienda después de cenar hacía calor, pero ahora nos invadía un frío húmedo.

—Por hoy ya está bien —dijo mi padre, frotándose la barba color castaño.

—¿Pero qué pasa después? —le preguntó Marissa—. Por favor, papá, sigue con la historia.

—Sí —dije yo—. ¿Llegamos hasta el mar? ¿Y cómo volvemos? ¿Apareces tú y nos rescatas?

Papá alzó sus anchos hombros. Con el suéter de lana parecía un enorme oso pardo.

—No lo sé —replicó—. No sé lo que pasará luego.

Se inclinó resoplando sobre su saco de dormir para extenderlo. Mi padre tiene bastante barriga y le cuesta trabajo inclinarse.

—Todavía no he pensado en el final de la historia —prosiguió—.

A lo mejor lo sueño esta noche.

Marissa y yo protestamos. No nos gusta nada que papá deje las historias a medias. Siempre nos abandona en un terrible peligro, y a veces tenemos que esperar días para saber si sobrevivimos o no.

Mi padre se sentó en el suelo y se quitó las botas. Luego se metió como pudo en el saco.

—Buenas noches —dijo Marissa bostezando—. Estoy agotada.

Yo también me encontraba cansado. Habíamos estado andando por el bosque desde primeras horas de la mañana, abriéndonos camino entre los árboles, las rocas y los matorrales.

—Justin, hazme un favor —me pidió papá, señalando la lámpara de petróleo—. Apaga la luz, ¿quieres?

—Claro.

Tendí la mano hacia la lámpara, pero le di un golpe y la volqué.

Un segundo después la tienda ardía, presa de las llamas.

4

Lancé un grito e intenté salir del saco. Papá se levantó primero. Nunca le había visto moverse tan deprisa. Cogió un trozo de lona del suelo de la tienda y sofocó las llamas con él.

—¡Lo siento, papá! —acerté a decir, mientras por fin salía del saco.

Por suerte las llamas sólo habían alcanzado un costado de la tienda. Yo me había visto devorado por el fuego, porque también tengo mucha imaginación. Supongo que la he heredado de mi padre. A veces va bien, pero otras resulta fatal.

Respiraba entrecortadamente y temblaba de la cabeza a los pies.

—Lo siento —repetí.

—¡Qué poco ha faltado! —me dijo Marissa, temblando también —. ¡Mira que eres torpe, Justin! —Mi hermana estaba junto a la puerta, lista para salir corriendo.

Mi padre movió la cabeza.

—Sólo se ha quemado un poco —informó—. Mirad, se puede tapar con esto. —Extendió sobre el agujero el trozo de lona del suelo.

—Este material arde mucho —le comenté.

Papá lanzó un gruñido, pero no dijo nada.

—No me gustaría estar en medio del bosque sin tienda —afirmó Marissa—. Y menos en un sitio tan raro como éste.

—No pasa nada —dijo mi padre mientras tapaba el agujero—. Pero no será gracias a vosotros —añadió con acritud.

—¿Qué quieres decir? —pregunté mientras me estiraba la pernera del pijama.

—Que no habéis ayudado mucho.

—¿Pero yo qué he hecho? —protestó Marissa con voz chillona—. No he sido yo quien ha incendiado la tienda.

—Tú te fuiste a pasear esta mañana y te perdiste —le recordó mi padre.

—Me pareció ver un animal extraño.

—Sería una ardilla —le dije yo—. O su sombra.

—¡Venga ya, Justin!

—Y luego esta noche ninguno de los dos quiso ir a por leña —prosiguió mi padre.

—Estábamos cansados —expliqué.

—Y no sabíamos dónde buscar.

—¿Que no sabíais dónde buscar leña en un bosque? —preguntó mi padre—. ¡Pues en el suelo!

Papá se estaba enfadando. «Puede que tenga razón —pensé—. La verdad es que Marissa y yo podríamos ayudar un poco más.» Al fin y al cabo aquél era un viaje importante para mi padre, y había sido todo un detalle por su parte llevarnos con él.

Mi padre es Richard Clarke. Tal vez hayáis oído hablar de él. Es un escritor muy famoso. Se dedica a viajar por todo el mundo, buscando historias de todo tipo, y luego las escribe. Ya ha publicado diez libros. Y también viaja por todo el país contando las historias que ha recopilado.

Ha realizado muchos viajes emocionantes, pero éste era especial. Nos había llevado a Marissa y a mí a Europa, a aquel bosque del pequeño país de Brovania, en busca de algo único. Papá lo mantenía en secreto porque decía que era una sorpresa, pero esa mañana, mientras andábamos por el bosque, nos lo contó todo.

—Hemos venido a Brovania en busca de la Leyenda Perdida —nos dijo mientras se quitaba de la barba un enorme escarabajo negro—. La Leyenda Perdida es un viejo manuscrito, y según se dice, está escondido en un cofre de plata. Hace quinientos años que nadie sabe nada de él.

—¡Uuau! —exclamó Marissa. Se había quedado muy atrás porque no hacía más que pararse buscando bichos y flores silvestres. Papá y yo teníamos que esperarla todo el rato.

—¿Y de qué va la leyenda? —le pregunté.

Papá se acomodó la pesada mochila en la espalda.

—Lleva tanto tiempo perdida que ya nadie lo sabe.

Cortó con el machete un alto matorral que nos impedía el paso y luego echamos a andar por un estrecho sendero entre los árboles. El bosque era muy espeso y apenas entraba la luz. Estaba tan oscuro como si fuera de noche, aunque todavía era muy temprano.

—Tendremos mucha suerte si encontramos la Leyenda Perdida —prosiguió mi padre—. Cambiará nuestras vidas.

—¿Qué quieres decir?

Se le puso la cara seria.

—El viejo manuscrito de la Leyenda Perdida vale una fortuna. Todo el mundo quiere leerlo, porque nadie sabe quién lo escribió ni de qué habla.

Me pasé todo el día pensando en ello mientras caminábamos por el bosque. ¿Y si lo encontraba yo?, me preguntaba. «¿Y si de pronto veo el cofre de plata escondido entre dos piedras, o medio enterrado en el suelo, asomando sólo una puntita? ¡Sería genial!»

Me imaginé lo contento que se pondría, papá, y lo rico y famoso que me haría yo. Sería un héroe. Un héroe de verdad.

Todo el día estuve pensando en eso.

Pero la verdad es que de momento no había sido un héroe, precisamente. De hecho, casi había quemado la tienda. Y papá se quejaba de que Marissa y yo no colaborábamos.

«Me esforzaré más», me prometí en silencio aquella noche mientras me acurrucaba en el saco para entrar en calor.

Al otro lado de la tienda, papá roncaba suavemente. Papá se puede quedar dormido en un segundo, y tiene un sueño tan profundo que para despertarle hay que darle un golpe en la cabeza, más o menos. En cambio Marissa y yo tardamos horas en dormirnos, y el ruidito más ligero nos despierta al instante.

De modo que yo ahora yacía en mi saco de dormir, mirando el oscuro techo de la tienda e intentando dejar la mente en blanco, no pensar en nada… Intentando dormir… sólo dormir… dormir…

Casi lo había conseguido, cuando de pronto un aullido hendió el silencio. Un aullido furioso, amenazador.

¡Y muy cercano!

Se oía justo fuera de la tienda. Me incorporé de un brinco,

totalmente despierto y respirando con dificultad. Sabía que no era un personaje de ficción.

Era un ser muy real.



Notaba el aire frío en mi piel caliente y me di cuenta de que estaba sudando. Escuché con atención y oí un rumor, un gruñido, el crujido de unas patas sobre las hojas del suelo. Con el corazón palpitante, abrí el saco y comencé a salir.

—¡Ah! —exclamé. Alguien había pasado a mi lado—. ¿Papá?

No, los ronquidos de mi padre seguían oyéndose al fondo de la tienda. Desde luego hacía falta mucho más que un terrible aullido para despertarlo.

—Marissa… —susurré.

—Chssss. —Mi hermana se llevó el dedo a la boca mientras avanzaba hacia la puerta de la tienda—. Yo también lo he oído.

Me puse detrás de ella.

—Es algún animal —dijo.

—A lo mejor es un hombre lobo. —Otra vez en marcha mi portentosa imaginación. ¿Pero acaso no se supone que los hombres lobo viven en los bosques de Europa, precisamente en bosques como aquél?

Entonces se oyó otro gruñido.

Abrí la puerta de la tienda y entró una ráfaga de aire frío que me agitó el pijama. Asomé la cabeza. La bruma había caído sobre el pequeño claro en el que habíamos acampado y la pálida luz de la luna lo convertía todo en una sombra azulada.

—¿Qué es? —susurró Marissa—. ¿Lo ves?

Yo no veía nada más que jirones de niebla.

—Vuelve a la tienda —dijo mi hermana.

Seguían oyéndose ruidos, como si estuvieran olfateando.

—¡Entra! ¡Deprisa! —me apremió Marissa.

—Espera un momento.

Tenía que ver qué había allí fuera. Me estremecí. El aire era denso y húmedo, y la niebla se me pegaba al cuerpo. Di un paso fuera de la tienda y noté una punzada de frío en los pies descalzos. Contuve el aliento y avancé un paso más.

Entonces vi a la criatura.

Era un perro. Un perro enorme, como una oveja, aunque con un pelaje largo y blanco que relucía como la plata bajo la blanca y brumosa luz de la luna. El animal husmeaba el suelo. De pronto levantó la cabeza y se volvió hacia mí, meneando la cola.

Me encantan los perros. Siempre me han gustado. Sin pensármelo dos veces tendí los brazos y corrí a acariciarlo.

—¡No! —gritó Marissa.

6

Demasiado tarde.

Me arrodillé y acaricié el lomo del enorme perro. Tenía el pelo suave y espeso, con algunas hojas y ramitas enredadas. El animal movía la cola como loco. Cuando le toqué la cabeza me miró.

—¡Eh! —exclamé. Tenía un ojo castaño y otro azul.

—A lo mejor es un lobo —advirtió Marissa, que sólo había salido un paso de la tienda y se aferraba a la solapa de la puerta, lista para volver a meterse en cualquier instante.

—No es un lobo, es un perro. —Lo miré de nuevo—. Me parece demasiado cariñoso para ser un lobo.

Le acaricié la cabeza y le rasqué el pecho, quitándole las hojas secas y las ramitas del pelo.

—¿Y qué está haciendo aquí? —susurró mi hermana—. ¿Es un perro salvaje? A lo mejor es peligroso, Justin.

El perro me lamió la mano.

—A mí no me parece muy peligroso.

—Quizá pertenezca a una manada. —Marissa soltó por fin la solapa de la puerta y se acercó un paso más—. A lo mejor los otros perros lo han enviado a explorar. ¡A lo mejor son un montón!

Me levanté y miré a mi alrededor. A través de la niebla azul se veían los altos árboles que bordeaban el claro. La media luna flotaba baja en el cielo. Escuché con atención, pero sólo había silencio.

—A mí me parece que va solo —dije.

Marissa miró al perro.

—¿Te acuerdas de la historia que nos contaba papá sobre el

perro fantasma? ¿Te acuerdas? El perro aparecía ante la casa de alguien. Era un perrito encantador y muy cariñoso que ladeaba la cabeza hacia la luna y hacía unos ruiditos como si se estuviera riendo. El perro era tan mono que la gente salía a acariciarlo y entonces él se ponía a ladrar para llamar a sus amigos, otros perros fantasma.

»Los amigos eran feos y malos y rodeaban a la persona, y luego se la zampaban. Y lo último que veía la víctima era el perrito encantador ladeando la cabeza y haciendo ruiditos, riéndose de la luna. ¿Te acuerdas de la historia?

—No, no me acuerdo —repliqué—. No me parece una de las historias de papá. No es muy buena. Más bien creo que te la has inventado tú.

Marissa se cree una gran narradora, como papá, pero la verdad es que sus historias son muy tontas. ¿Quién ha oído hablar de un perro que se ríe?

Marissa avanzó un paso más. Yo me estremecí.

El aire era frío y húmedo, demasiado frío para estar allí fuera descalzo y en pijama.

—Si es un perro salvaje, podría ser peligroso —repitió mi hermana.

—Parece muy tranquilo. —Volví a acariciarle la cabeza, y al pasarle la mano por el cuello noté algo duro. Al principio pensé que sería otra rama enganchada en él pelo, pero no. Era un collar de cuero—. No es un perro salvaje —dije—. Lleva collar. Debe ser de alguien.

—A lo mejor se ha perdido. —Marissa se arrodilló junto a él—. A lo mejor su dueño lo está buscando en el bosque.

—Sí, puede ser. —Tiré del collar, y el perro me lamió la mano.

—¿Lleva chapa de identificación o algo?

—Eso es lo que estoy buscando —contesté—. ¡Debajo del collar tiene una cosa!

Saqué un papel y empecé a desdoblarlo.

—Es una nota —dije.

—A lo mejor es la dirección o el teléfono del dueño.

Desdoblé del todo el papel y me lo acerqué a la cara para poder leerlo.

—Bueno, ¿qué dice?

Leí en silencio la nota manuscrita y me quedé con la boca abierta.

—¡Justin! ¿Qué pone?

7

Marissa intentó arrebatarme la nota, pero yo se lo impedí.

—Es un mensaje muy corto —dije. Entonces lo leí en voz alta—: «SÉ POR QUÉ ESTÁIS AQUÍ. SEGUID A PLATEADO.»

—¿Plateado? —Marissa miró de nuevo al perro—. ¿Plateado?

El animal enderezó las orejas.

—Conoce su nombre. —Volví a mirar la nota, para ver si me había pasado algo por alto. Pero no, no había nada más. No había ningún nombre ni nada.

Marissa me arrebató la nota y la leyó con sus propios ojos.

—«Sé por qué estáis aquí» —repitió.

Yo me estremecí. La niebla descendía cada vez más hacia nosotros.

—Es mejor que se lo enseñemos a papá —dije.

Marissa estuvo de acuerdo. Regresamos a la tienda. Yo me volví para ver si el perro se marchaba. Pero no, Plateado estaba olisqueando un matorral cercano.

—Deprisa —susurré.

Mi padre estaba dormido, roncando suavemente. Apoyé las rodillas en el suelo y me incliné sobre él.

—Papá… ¡Papá!

Ni se movió.

—Papá, despierta. Es importante. ¡Papá!

Marissa y yo le gritamos a la vez, pero no había forma de que nos oyera.

—Hazle cosquillas en la barba —sugirió mi hermana—. A veces funciona.

Le hice cosquillas. Nada, seguía roncando, Entonces le grité al oído:

—¡Papá! ¡Papá!

Intenté sacudirlo por los hombros, pero era difícil agarrarle bien a través del saco de dormir.

—Papá, despierta, por favor —suplicó Marissa.

Mi padre lanzó un gruñido.

—¡Sí! —exclamé—. ¿Papá?

Mi padre se dio media vuelta, dormido como un tronco. Marissa se asomó a la puerta.

—El perro va hacia los árboles. ¿Qué hacemos? —preguntó.

—Vístete —dije—. Deprisa.

Nos pusimos los téjanos y las camisetas. Yo me calcé una bota pero la otra tenía un nudo en los cordones. Para cuando logré ponérmela, Marissa ya había salido.

—¿Dónde está Plateado? —pregunté.

Ella señaló a través de la niebla. La luna estaba oculta tras las nubes, y la oscuridad era tal que apenas se veía nada. A pesar de todo vislumbré al perro, que caminaba despacio hacia los árboles.

—¡Se va! Tenemos que seguirlo.

—Pero no sin papá —dijo Marissa—. No podemos irnos.

—¡Alguien intenta ayudarnos! —exclamé yo—. Alguien sabe dónde está la Leyenda Perdida y ha enviado al perro a por nosotros.

—A lo mejor es una trampa —insistió Marissa.

—Pero…

Escudriñé la niebla. ¿Dónde estaba el perro? Apenas se le veía. Había llegado a los árboles, al otro lado del claro.

—¿Te acuerdas de la historia que contaba papá sobre el duende del bosque? —dijo Marissa—. El duende dejaba un rastro de flores y caramelos en el bosque. Los niños lo seguían, llegaban al Pozo sin Fondo y caían y caían durante el resto de su vida.

—¡Marissa, por favor! Déjate de historias. Plateado se aleja.

—Pero… pero… A papá no le gustará nada que nos metamos solos en el bosque, ya lo sabes. Nos la vamos a cargar.

—¿Y si encontramos la Leyenda Perdida? —repliqué—. Entonces, ¿qué? ¿A que entonces no nos la cargaríamos?

—¡Ni hablar! —Marissa se cruzó de brazos—. No podemos ir. De eso nada, Justin.

Yo suspiré.

—Quizá tengas razón. Bueno, que se vaya el perro. Vámonos a dormir.

Le puse la mano en el hombro y me encaminé hacia la tienda.



—¿Estás loco? —exclamó Marissa, apartándose bruscamente—. ¡No podemos dejar que el perro se vaya! ¡Podría llevarnos hasta la Leyenda Perdida!

Me cogió de la mano y echó a correr, arrastrándome por el claro. Yo intenté disimular mi enorme sonrisa.

El truquito siempre funciona con Marissa.

Cuando de verdad quiero que haga algo, lo único que tengo que decir es: «No lo hagamos.»

Mi hermana siempre me lleva la contraria. Siempre. Así que es facilísimo que haga lo que yo quiero.

—Papá dijo que no ayudábamos en nada —recordó—. Nos soltó una buena regañina porque no quisimos ir a por leña. ¿Y si encontramos la Leyenda Perdida? ¡Eso sí que sería una buena ayuda!

—Genial.

Me imaginé a Marissa y a mí dándole a papá el cofre de plata que contenía la Leyenda Perdida. Pensé en la cara de sorpresa de mi padre, en su sonrisa. Luego me imaginé a los tres viendo las noticias en la televisión. Yo le contaría a todo el mundo cómo mi hermana y yo habíamos encontrado el valioso manuscrito… sin ayuda de mi padre.

Al llegar a los árboles nos detuvimos.

—Sólo hay un problema —dije.

Marissa se dio la vuelta.

—¿Cuál?

—¿Dónde está el perro?

—¿Eh?
Escudriñamos la oscuridad. El perro había desaparecido.



La niebla envolvía los oscuros árboles, y las nubes todavía ocultaban la luna. Marissa y yo escudriñamos la oscuridad, escuchando con atención.

Por fin suspiré, decepcionado.

—Creo que la aventura se ha terminado antes de empezar.

Me equivocaba. Un fuerte ladrido nos hizo dar un brinco.

—¡Eh! —exclamé.

Plateado volvió a ladrar. ¡Nos estaba llamando! Nos internamos en el bosque, siguiendo sus ladridos. Los pies se me hundían en el suelo blando. Bajo los árboles, el cielo aún estaba más oscuro.

—No te separes de mí —suplicó Marissa—. No se ve ni torta.

—Tendríamos que haber traído una linterna —dije—. Nos fuimos tan deprisa que no se me ocurrió…

Me interrumpí al oír el crujido de unas hojas secas.

—Por aquí. Plateado va delante mismo.

Todavía no lo veía, pero oía sus pisadas sobre las hojas y las ramas secas. El perro había girado a la izquierda, siguiendo un estrecho sendero entre los árboles. El suelo se hizo más duro. Marissa y yo nos protegimos la cara con las manos al atravesar un espeso matorral.

—¡Ah! —exclamé al notar las espinas que me atravesaban la manga del suéter.

—¿Adonde nos lleva ese perro? —me preguntó Marissa con tono chillón. Intentaba parecer tranquila, pero se le notaba el miedo en la voz.

—Nos lleva hasta alguien que quiere ayudarnos, alguien que nos

hará ricos y famosos. ¡Ay! —Me quité un pincho de la muñeca.

Esperaba que fuera así. Esperaba que la nota no mintiera. Esperaba que el perro nos llevara a algún lugar agradable. Ya no se veía ningún sendero. Bueno, la verdad es que no se veía tres en un burro. Avanzábamos con los brazos por delante, a modo de escudo.

—Cada vez va más deprisa —susurró Marissa.

Tenía razón. Los pasos del perro se oían más rápidos. Como no queríamos perderlo, tuvimos que echar a correr. Por encima del rumor de nuestros pasos se oían los jadeos de Plateado.

De pronto me agaché al oír el batir de muchas alas.

—¿Eran pájaros o murciélagos? —preguntó Marissa, tragando saliva.

Yo aún oía el aleteo, que se perdía a lo lejos. Sentí un escalofrío. ¡Eran muchísimas alas!

—Pájaros —contesté—. Seguro que eran pájaros.

—¿Y desde cuándo vuelan los pájaros de noche?

No respondí. Me quedé escuchando las pisadas del perro. Ahora parecía ir más despacio. Lo seguimos a través de un hueco entre altos matorrales y salimos a un amplio claro.

De pronto las nubes se apartaron, y bajo la luz de la luna vimos que la hierba cubierta de rocío brillaba como un campo de diamantes.

Alcé la vista… y me quedé horrorizado.

Marissa me agarró del brazo, con la boca abierta.

—¡No me lo puedo creer! —exclamé.

Me quedé mirando la criatura que teníamos a pocos metros de nosotros. No era el perro, no. No era Plateado. Era un ciervo marrón y negro, con grandes astas en la cabeza.

Nos habíamos equivocado de animal, y estábamos perdidos.

10

El ciervo nos miró un momento y luego se internó entre los árboles, al otro lado del claro. Yo me volví hacia mi hermana, petrificado.

—Nos… nos hemos equivocado —logré decir por fin—. Creía que era el perro.

—No hay que asustarse —respondió ella, acercándose a mí.

Una ráfaga de viento arrancó un susurro a la hierba. Oí un grave gemido entre los árboles a nuestras espaldas, pero intenté ignorarlo.

—Es verdad, no hay que dejarse dominar por el pánico —dije, aunque lo cierto es que me temblaban las piernas y que tenía la boca reseca.

—Volveremos por donde hemos venido —sugirió Marissa—. Seguro que no tendremos problema porque tampoco hemos caminado tanto. —Miró a nuestro alrededor—. ¿Por dónde vinimos?

Me di la vuelta.

—¿Por allí? No. ¿Por allí? No, tampoco…

No lo sabía.

—Quizá sí que deberíamos asustarnos.

—¿Por qué hemos venido? —gimió Marissa—. ¿Cómo hemos sido tan idiotas?

—Queríamos ayudar a papá —le recordé.

—¡Pues ahora puede que no lo volvamos a ver!

Yo quería decir algo que la tranquilizara, pero no me salían las palabras.

—¡Este bosque es inmenso! —prosiguió ella—. Seguro que todo

el país es bosque. Jamás encontraremos a nadie que nos ayude. Seguro que nos devorará un oso o alguna otra bestia antes de que podamos salir de aquí.

—No hables de osos —supliqué—. En este bosque no hay osos… ¿O sí?

Me estremecí.

Mi padre nos había contado muchas historias que terminaban con niños devorados por osos. Era uno de sus finales favoritos, pero a mí nunca me habían gustado.

Las hierbas se inclinaron bajo el viento. A lo lejos se oyó de nuevo un aleteo. Y sobre el susurro de las hojas oí algo más. ¿Era un ladrido? ¿Serían imaginaciones mías?

Escuché con atención. ¡Sí! Al volverme vi la cara de alegría de Marissa. Ella también lo había oído.

—¡Es Plateado! —exclamó—. ¡Nos está llamando!

—¡Vamos!

Se oyeron más ladridos. Sí, Plateado nos estaba llamando. Dimos media vuelta y echamos a correr de nuevo entre los árboles, a través de los arbustos, saltando sobre troncos caídos. Corrimos a toda velocidad… hasta que de pronto el suelo se hundió bajo nuestros pies. Un agujero apareció ante nosotros y comenzamos a caer.

—¡Nooooooo! —grité aterrorizado—. ¡Es el Pozo sin Fondo!



Aterricé de un golpe sobre las rodillas y los codos.

Solté un gemido al dar con la cara en tierra mojada. Era un pozo, un pozo muy profundo.

Marissa ya se había levantado y se estaba sacudiendo el polvo y las hojas secas de los téjanos.

—¿Qué decías? —preguntó—. No te he entendido.

—No… nada —le dije balbuceando—. Sólo era un grito.

Alcé la vista. Marissa y yo nos habíamos caído por una corta aunque pronunciada pendiente y habíamos rodado un metro más o menos. Bueno, no puede decirse que fuera un pozo sin fondo…

Yo también me sacudí el polvo, disimulando. Estaba bastante avergonzado.

Cuando subimos de nuevo la pendiente, Plateado nos estaba esperando. Alzó la vista y nos miró con sus ojos azul y marrón, como diciéndonos: «¿Pero qué os pasa? Mira que sois tontos. ¿Es que no sabéis ni seguirme?»

En cuanto llegamos junto a él, dio media vuelta y echó a andar, meneando su cola blanca. Cada pocos pasos se volvía para asegurarse de que le seguíamos.

Yo aún estaba un poco tembloroso después de la caída. Aunque no había sido nada, me había dado un buen golpe en las rodillas y me dolían. Y mi corazón seguía acelerado. «Papá y sus historias —pensé moviendo la cabeza—. El Pozo sin Fondo. ¿Pero cómo se me habrá ocurrido pensar en esa tontería?»

De todos modos, ¿acaso no era una tontería seguir a un perro blanco por un bosque de Brovania en plena noche? «Tal vez Marissa

y yo tengamos una leyenda que contar a nuestros amigos cuando acabemos con esto —pensé—. La leyenda de dos niños tontos de capirote.» O tal vez encontráramos el cofre de plata con la Leyenda Perdida. Entonces seríamos ricos y famosos, y mi padre estaría muy orgulloso de nosotros.

Éstos eran mis pensamientos mientras seguíamos a Plateado por un sinuoso sendero en el bosque. El perro trotaba ágilmente entre los árboles, y nosotros corríamos tras él. No queríamos perderlo otra vez.

Al cabo de un momento nos detuvimos entre unas altas hierbas. Plateado siguió avanzando, dando saltos y levantando mucho las patas en dirección a una pequeña cabaña al otro lado de las hierbas. La cabaña se veía de un gris plateado bajo la luz de la luna. Tenía una puerta estrecha y una ventana cuadrada. Junto a ella había una chimenea de piedra, una especie de barbacoa, y al lado un montón de leña muy bien apilada.

No se veía ninguna luz, ninguna señal de vida.

Plateado se acercó a la casita, abrió la puerta con el morro y desapareció en el interior. Marissa y yo nos quedamos en el claro, esperando que saliera alguien. Por fin avanzamos unos pasos.

—Aquí quería traernos —dijo Marissa—. Plateado parecía muy contentó de llegar a casa. ¿Has visto cómo brincaba? ¿Tú crees que la persona que quiere ayudarnos está dentro?

—Sólo hay una forma de averiguarlo.

—Parece una casita de cuento —dijo mi hermana con una risa silenciosa—. A lo mejor está hecha de caramelo.

—Ya, seguro. —Puse los ojos en blanco.

—¿Te acuerdas de la historia de…?

—¡Déjate ya de historias! —exclamé yo—. Venga, vamos a echar un vistazo.

Nos acercamos a la cabaña, que era tan sólo unos centímetros más alta que nosotros.

—¡Hola! —llamé.

No hubo respuesta.

—¿Hay alguien en casa? —insistí, un poco más fuerte.

Nada.

—¿Hay alguien? —grité, haciendo bocina con las manos.

Al ver que no respondían, abrí del todo la puerta. Al entrar nos

encontramos en una cálida cocina. Una vela sobre una mesita arrojaba una luz oscilante en la pared. Junto al fregadero había una hogaza de pan con un cuchillo al lado, y en el fogón de leña una cazuela negra de la que surgía un aroma dulce y especiado que llenaba la habitación.

No tuve tiempo de ver nada más. Una figura surgió de pronto de una sala trasera. Era una mujer muy alta, que llevaba un vaporoso vestido marrón. Tenía los ojos verdes, muy brillantes, e iba peinada con dos largas trenzas, que colgaban a los lados de su rostro redondo, y un flequillo rubio que le cubría la frente.

Llevaba en la cabeza una especie de casco con forma de cono y dos cuernos que le salían por los lados. Parecía una vikinga de otra época, o una actriz de ópera.

Tenía unos brazos enormes y musculosos, y llevaba anillos en todos los dedos. Sobre su pecho colgaba un pesado medallón redondo.

La mujer pasó rápidamente por delante de nosotros con una mirada salvaje y una sonrisa malvada, cerró la puerta de la cabaña y apoyó la espalda contra ella.

—¡Ya os tengo! —chilló, y echandó atrás la cabeza lanzó una escalofriante carcajada.

12

Su cruel carcajada terminó en un ataque de tos. Le llameaban los ojos verdes, reflejando la luz de la vela. La mujer nos miraba con rostro feroz.

—¡Déjenos marchar!

Bueno, me hubiera gustado gritar eso, pero la verdad es que cuando abrí la boca sólo salió un débil chillido. Marissa fue la primera en reaccionar. Se lanzó hacia la puerta y yo la seguí, con las piernas temblorosas.

—¡Déjenos marchar! —logré exclamar por fin—. ¡No puede encerrarnos aquí!

—Tranquilos, chicos —nos dijo con su voz fuerte y profunda—. Era una broma.

Marissa y yo nos la quedamos mirando.

—¿Cómo dice?

—Lo siento. Tengo un sentido del humor muy peculiar. Supongo que es por vivir aquí en medio del bosque. La verdad es que no puedo evitar las bromas de mal gusto.

Yo seguía sin entender nada.

—¿Quiere decir que no nos ha encerrado? —pregunté con voz temblorosa—. ¿No nos ha capturado?

La mujer movió la cabeza. Los cuernos del casco también se movieron. De pronto me recordó a un enorme toro gris.

—No, no os he encerrado. Envié a Plateado para poder ayudaros.

Señaló la estufa y vi que el perro se había tumbado junto a ella. Tenía la cabeza gacha y se lamía una pata, pero no nos quitaba la

vista de encima a Marissa y a mí.

Nosotros no nos apartábamos de la puerta. Aquella mujer tan grandona y fuerte era muy rara y daba un poco de miedo. Y sus ojos verdes llameaban y se movían como locos bajo el casco de los cuernos.

«¿Estará loca? —me pregunté—. ¿Será verdad que quiere ayudarnos?»

—Yo sé todo lo que pasa en el bosque —dijo con misterio. Tomó el medallón que llevaba en el pecho y se lo quedó mirando—. Puedo ver cosas. No se me escapa nada.

Miré de reojo a Marissa, que tendía la mano hacia la puerta. Estaba llena de miedo.

Plateado lanzó un bostezo y apoyó la cabeza sobre las patas.

—¿Cómo os llamáis? —preguntó la mujer con su vozarrón—. Yo soy Ivanna. —Me miró con los ojos entornados—. ¿Sabéis lo que significa «Ivanna»?

Yo carraspeé.

—Pues… no.

—¡Yo tampoco! —exclamó ella con otra carcajada. El medallón brincó en su pecho y el casco estuvo a punto de caérsele de la cabeza.

Me estremecí, a pesar del calor que hacía en la cocina. Habíamos caminado tanto por el bosque que no podía sacudirme el frío de encima.

—Parecéis medio congelados —dijo Ivanna—. Ya sé lo que os hace falta, una sopa caliente. Sentaos. —Señaló una mesita de madera con dos sillas en un rincón de la sala.

Marissa y yo vacilamos. No queríamos alejarnos de la puerta, porque todavía seguíamos pensando en salir corriendo.

—Nuestro padre nos estará buscando —dijo mi hermana con voz apagada—. Puede llegar en cualquier momento.

Ivanna se acercó al fogón.

—¿Por qué no lo habéis traído? —preguntó mientras sacaba dos cuencos de un armario.

—No pudimos despertarle —contesté.

Marissa me miró furiosa.

—Tiene el sueño profundo, ¿eh? —Ivanna nos daba la espalda mientras llenaba los cuencos con la sopa de la cazuela.

Yo me incliné hacia Marissa.

—Si queremos escapar, ahora es nuestra oportunidad —susurré.

Mi hermana se volvió hacia la puerta, pero se lo pensó mejor.

—Tengo mucho frío. Y la sopa huele de maravilla.

—Sentaos —ordenó Ivanna.

Marissa y yo obedecimos, e Ivanna puso los cuencos humeantes en la mesa.

—Sopa de pollo con fideos —dijo con una sonrisa—. Ya veréis cómo entráis en calor. Así estaréis listos para la prueba.

—¿Qué prueba? —exclamé.

—Comed, comed —dijo—. Tenéis que entrar en calor.

Ivanna volvió al fogón y se inclinó para acariciar a Plateado. Yo me llevé una cucharada a la boca y probé la sopa. Estaba deliciosa. La notaba caliente y reconfortante en mi garganta seca. Comí un poco más y miré a mi hermana, que parecía disfrutar tanto como yo.

Justo cuando estaba a punto de meterme otra cucharada en la boca, Ivanna se giró bruscamente, con los ojos desorbitados y la boca abierta, señalándonos con un dedo tembloroso.

—No… No habréis comido nada, ¿verdad? —preguntó.

—¿Eh? —saltamos a la vez Marissa y yo.

—¡No comáis! ¡No comáis! —gritó Ivanna—. Acabo de acordarme… ¡Es veneno!

13

La cuchara se me cayó de la mano y salpicó en el cuenco. Me quedé pálido, esperando que comenzaran los dolores.

Mi hermana puso los ojos en blanco.

—Otra bromita, ¿no? —dijo.

—Pues sí —confesó Ivanna alegremente, y otra vez se echó a reír a carcajadas.

Yo tragué saliva. ¿Por qué no se me habría ocurrido que era otra de sus bromas? Me revienta que Marissa se dé cuenta de las cosas antes que yo.

Ivanna se acercó a la mesa. El medallón brincaba con cada uno de sus pasos.

—La sopa no está envenenada —dijo—, pero no os la terminéis todavía. Quiero leer los fideos.

—¿Cómo? —pregunté.

Ella se inclinó tanto sobre mi cuenco que el vapor le nublaba las mejillas.

—Los fideos de la sopa de pollo pueden predecir tu destino —susurró misteriosamente.

Contempló primero mis fideos y luego estudió los de Marissa.

—Hmmmmm, hmmmmm —repetía una y otra vez—. Sí, hummmm, hmmmmm.

Por fin se levantó y se cruzó de brazos. Tenía las mejillas enrojecidas del vapor caliente de la sopa.

—Comed, comed antes de que se enfríe.

—¿Qué ha visto? —pregunté—. ¿Qué le han dicho los fideos?

Ivanna se puso seria.

—Debéis realizar la prueba por la mañana. Yo tenía razón. Sé por qué habéis venido al bosque. Sé lo que buscáis. —Se enderezó el casco con la mano—. Puedo ayudaros a encontrarlo. Pero primero debéis realizar la prueba.

—¿Pero qué clase de prueba es ésa? —quise saber.

Sus ojos verdes llamearon.

—Una prueba de supervivencia.

Tragué saliva.

—Me lo temía —dije débilmente.

—¿Y si no queremos realizar la prueba de supervivencia? —preguntó Marissa.

—¡Entonces nunca encontraréis el cofre de plata!

—¡Caramba! —exclamé—. ¡Es verdad que sabe lo que buscamos!

Ivanna asintió con la cabeza.

—Yo sé todo lo que pasa en el bosque.

—Pero-pero necesitamos a nuestro padre —dijo Marissa balbuceando.

—No hay tiempo. Vosotros realizaréis la prueba en su lugar. No os preocupéis. No es difícil. Si sobrevivís, claro.

—¿Cómo que si sobrevivimos? ¿Es otra broma? —pregunté débilmente.

—No, no es ninguna broma. Nunca bromeo con la prueba del Bosque Fantasía.

A mí se me volvió a caer la cuchara.

—¿El Bosque Fantasía? ¿Dónde está eso? ¿Qué es?

Ivanna fue a contestar, pero antes de que pudiera decir una palabra, la puerta de la cabaña se abrió de golpe y sentí una ráfaga de aire frío.

Entonces entró una criatura salvaje, cubierta de pelo negro. Se detuvo gruñendo y barrió la habitación con sus ojos saltones. Al verme, soltó un ronco gruñido y se lanzó al ataque.

14

Yo me puse a chillar e intenté apartarme, pero me caí con la silla y aterricé en el suelo de costado. Quise alejarme rodando, pero la criatura me hundió los dientes en la pierna.

—¡Aaaaayyy! —chillé.

Por encima de mis gritos, oí el vozarrón de Ivanna:

—¡No, Luka! ¡Al suelo! ¡Suelta, Luka!

La criatura me soltó la pierna y retrocedió jadeando. Yo me levanté y me la quedé mirando. Tenía cara de hombre, y allí sentada sobre sus patas traseras parecía casi humana. Sólo que estaba cubierta de un espeso pelo negro.

—¡Atrás, Luka! —gritó Ivanna—. ¡Atrás!

La criatura retrocedió obediente.

—No tengáis miedo de Luka —me dijo Ivanna—. Es un buen chico.

—Pero-pero… ¿Qué es? —exclamé, frotándome la pierna.

—Pues no lo sé muy bien —contestó ella, sonriendo a aquella cosa peluda.

Luka se puso a dar saltos, sonriendo también y lanzando gruñiditos.

—Lo criaron unos lobos —prosiguió Ivanna—. Pero es un buen chico. ¿A que sí, Luka?

Luka asintió. Tenía la lengua fuera y resollaba como un perro. Ivanna lo fue a acariciar, pero él se lanzó de nuevo contra mí. Me olisqueó el suéter y los tejanos, luego se arrastró bajo la mesa y olfateó las botas de Marissa.

—¡Fuera de ahí, Luka! —ordenó Ivanna—. ¡Fuera! ¡Fuera! —

Entonces se volvió hacia mí—. Es un buen chico, pero demasiado curioso. Ya se calmará, cuando os conozca.

—¿Cuando nos conozca? —preguntó Marissa, mientras Luka se acercaba a Plateado, junto al fogón.

—Luka os ayudará cuando entréis en el Bosque Fantasía —dijo Ivanna con una sonrisa.

—¿Va a venir con nosotros? —exclamé yo.

Ivanna asintió con la cabeza.

—Será vuestro guía. Y os protegerá. —De pronto se puso seria y añadió—: Necesitaréis toda la ayuda posible.

Después de aquello terminamos rápidamente la sopa, mientras Plateado y Luka nos observaban desde la estufa. Luego Ivanna nos llevó a una salita trasera donde no había nada más que dos camastros.

—Dormiréis aquí —dijo con firmeza.

—Pero nuestro padre… —protestó Marissa.

Ivanna levantó la mano.

—Queréis encontrar el cofre de plata, ¿no? Queréis dar una sorpresa a vuestro padre y que se sienta orgulloso de vosotros, ¿no?

Nosotros asentimos.

—Pues entonces realizaréis la prueba. Si la pasáis, os diré cómo encontrar el cofre. —Ivanna echó una manta de lana en cada cama.

—Ahora a dormir. La prueba empezará a primera hora de la mañana.

Me desperté poco a poco, me estiré, me di la vuelta y fui a taparme con la manta.

Pero no había manta. ¿Se habría caído al suelo? Parpadeé varias veces, intentando espabilarme. ¿Cuánto tiempo había dormido? El sol brillaba a mi alrededor. Me senté bostezando y quise salir de la cama.

Pero la cama también había desaparecido.

—¡Eh! —exclamé, al darme cuenta de que la cabaña tampoco estaba—. ¿Qué es esto?

Me hallaba sentado en el suelo, totalmente vestido. Pestañeé de nuevo, esperando que los ojos se me acostumbraran a la brillante luz de la mañana. La hierba cubierta de rocío todavía brillaba.

Me levanté aturdido, con la boca seca. A mi alrededor sólo se veía el bosque. Me daba vueltas la cabeza. Ivanna había dicho que la prueba comenzaría a primera hora. ¿Habría empezado ya? ¿Sería aquello el Bosque Fantasía? ¿Habría empezado la prueba antes de que yo me despertara?

Me froté los ojos y me volví hacia mi hermana.

—¿Dónde estamos? —pregunté con voz ronca de sueño. Carraspeé y proseguí—: ¿Crees que…?

Pero de pronto me di cuenta de que Marissa no estaba allí. Me encontraba solo. Solo en medio del bosque.

—¿Marissa? —llamé, muerto de miedo.

¿Dónde estaba mi hermana? ¿Dónde estaba yo?

—¡Marissa! ¡Marissa!

15

—¡Marissa!

La voz se me quebraba. De pronto oí un gruñido entre los árboles y ruido de pisadas de animal. Me di la vuelta y vi que Luka salía brincando del bosque. Andaba sobre dos piernas, como un hombre, pero saltaba como un conejo. Se me acercó sonriendo y se rascó el pelaje de una pata. Yo no sonreí.

—¿Dónde está Marissa? —le pregunté—. ¿Dónde está mi hermana?

Él ladeó la cabeza y me miró desconcertado.

—¡Marissa! —le grité—. ¿Dónde está Marissa?

—¡Aquí!

Di un brinco al oír la voz de mi hermana.

—¿Dónde estás?

Entonces vislumbré su pelo rojizo y de pronto Marissa asomó la cabeza detrás de un frondoso matorral.

—Estoy aquí. Como estabas dormido, me fui a explorar un poco.

—¡Me has dado un susto de muerte! —Eché a correr por la hierba, ansioso por estar a su lado—. ¿Qué es esto? ¿Qué ha pasado con la cabaña de Ivanna?

Marissa se encogió de hombros.

—Ni idea. Cuando me desperté, estábamos aquí.

Luka lanzó un gruñido. Estaba removiendo la tierra con las patas, como un perro.

—¿Tú crees que tiene algo de humano? —susurré. Marissa no pareció oírme. Señaló un punto entre dos árboles.

—He encontrado un camino por ahí. ¿Qué hacemos, lo

seguimos?

—¡Y yo qué sé! —contesté con voz chillona—. ¿Acaso nos explicó Ivanna en qué consistía la prueba? ¿Acaso nos dijo qué teníamos que hacer para pasarla? —Marissa entornó los ojos con cara de miedo.

—Yo creo que lo que tenemos que hacer es sobrevivir —dijo suavemente—. Creo que así es como pasaremos la prueba.

—¿Pero adónde vamos? ¿Qué hacemos? —grité. Notaba que empezaba a perder el control. Estaba furioso, asustado y confuso al mismo tiempo.

Luka lanzó otro gruñido. Dejó de escarbar en el suelo y se nos acercó, andando como un hombre. Si se hubiera afeitado, se hubiera cortado el pelo y se hubiera puesto ropa, parecería un joven. Me lo quedé mirando y él señaló algo.

—¿Qué hace? —pregunté a mi hermana.

Luka gruñó muy nervioso y nos hizo un gesto con una mano peluda mientras con la otra señalaba los árboles.

—Creo que quiere que lo sigamos —dije.

—Sí. Recuerda que Ivanna dijo que él sería nuestro guía.

Luka se dirigió hacia el bosque, gruñendo y haciendo gestos, pero yo me quedé donde estaba.

—¿Podemos confiar en él?

Marissa se encogió de hombros.

—¡Qué remedio nos queda!

Luka se internó en un sendero entre los árboles que se curvaba tras unos altos arbustos de hojas amarillas. Su cabeza se vio brincar un momento entre los matorrales, pero luego desapareció.

—¡Deprisa! —exclamé, tirando del brazo de mi hermana—. Será mejor que no lo perdamos de vista.

En el suelo había dos mochilas. Abrí una de ellas. Estaba vacía. Tendí la otra a Marissa.

—Supongo que nos las ha dejado Ivanna. Están vacías, pero de todas formas podemos llevárnoslas.

Nos las echamos a la espalda y nos pusimos a correr tras Luka. Él se detuvo a olisquear una planta y luego siguió caminando. De vez en cuando se volvía para ver si íbamos detrás.

El camino avanzaba entre arbustos espinosos y altos matorrales. Pasamos de largo un pequeño estanque redondo que reflejaba el

cielo azul. Yo notaba el cuello caliente y sudoroso. Atravesamos un macizo de árboles, de troncos suaves y blancos, que yo notaba frescos en mis manos calientes.

—¿Adonde nos lleva? —susurró Marissa.

No contesté porque no tenía ni idea. Sólo sabía que Luka nos adentraba más y más en el bosque. Por fin salimos a un gran claro en el que sobresalían pequeñas rocas grises entre la hierba. Los esbeltos árboles blancos formaban un círculo alrededor. Noté que el suelo crujía bajo mis pies, y al ver que estaba cubierto de grandes frutos secos me agaché a recoger uno.

—Mira —le dije. Ella ya tenía dos—. Deben de haber caído de los árboles blancos.

—¡Parecen nueces, pero son más grandes que un huevo! —exclamó—. ¡Nunca había visto una nuez así!

—Y están muy calientes —comenté—. Supongo que es porque les ha dado mucho el sol.

—¡Aah!

Al oír gritar a Marissa alcé la vista y vi una criatura gris que corría por el claro. Al principio pensé que sería un perro o un gato muy grande, pero luego me di cuenta de que era una ardilla. Llevaba una de las grandes nueces en las patas y saltaba velozmente hacia los árboles, con la esponjosa cola flotando tras ella como un penacho.

De pronto Luka lanzó un grito ronco. Estaba de pie, con los ojos muy abiertos de pura excitación. Gritó de nuevo, tendió las dos manos y salió disparado tras la ardilla. Pero ella lo vio venir, tiró la nuez y desapareció a toda velocidad entre los árboles. Luka se lanzó en su persecución a cuatro patas.

—¡No, Luka! ¡Vuelve! —le llamó Marissa.

—¡Ven aquí! ¡Ven aquí! —le gritamos los dos—. ¡Ven, Luka!

16

Al ver que los gritos no surtían efecto, echamos a correr detrás de Luka.

—¡Luka! ¡Eh, Luka! —lo llamé. Mi voz rebotaba en los árboles y resonaba a mi alrededor.

—¡Luka! ¡Eh, Luka! —se repetía el grito una y otra vez.

Todavía se oían sus gruñidos y el ruido que hacían sus pisadas.

—¡Luka, ven aquí! —La voz de Marissa también resonaba por el bosque. Era como si docenas de personas lo estuviéramos llamando, gritando frenéticamente para que dejara de perseguir a la ardilla.

—¡Aaah! —Al intentar pasar entre dos árboles blancos, se me quedó enganchada la mochila. Me dio tal tirón que me tambaleé y estuve a punto de caerme. ¿Por qué seré tan torpe?

—¡Luka! ¡Eh, Luka! —gritaba Marissa delante de mí.

Intenté pasar de nuevo entre los árboles, pero la mochila se volvió a atascar. Por fin la desenganché y encontré un lugar más ancho por el que pasar.

Un instante después alcancé a mi hermana. Estaba apoyada contra un tronco y jadeaba.

—¿Dónde está? —le pregunté frenético—. ¿Dónde se ha metido?

—Lo… lo he perdido —resolló Marissa sin aliento—. Ni siquiera se le oye.

Me quedé escuchando con atención. El bosque estaba en silencio. No se oían pisadas ni gruñidos. Las hojas de los árboles susurraban suavemente.

—¿Pero cómo ha podido desaparecer? —dije—. ¡Tenía que hacernos de guía!

—Creo que estaba realmente empeñado en atrapar a la ardilla.

—Pero… pero… pero… ¡No puede largarse así y dejarnos solos!

Marissa suspiró.

—Pues es lo que ha hecho.

—¡Tenemos que encontrarlo! —exclamé—. Vamos. No podemos detenernos, no podemos dejar que…

Marissa sacudió la cabeza.

—¿Y cómo lo vamos a encontrar, Justin? ¿Por dónde lo buscamos?

—Seguiremos sus huellas —repliqué, mirando el suelo. Estaba cubierto por una gruesa alfombra de hojas secas. No había ninguna huella—. Creo que iba hacia allí —dije señalando los árboles.

Marissa sacudió de nuevo la cabeza.

—No lo creo. —Se apartó del árbol—. Ha desaparecido y ya está, Justin.

Me di media vuelta, buscando cualquier huella, cualquier señal.

—Oye, ¿qué es eso? —preguntó Marissa.

—¿Eh?

—¿Qué tienes ahí en el bolsillo?

Me llevé la mano al bolsillo trasero del pantalón y saqué un papel doblado. Aunque tenía las manos sudorosas, lo desdoblé enseguida.

—Es una especie de mensaje. Está escrito con letra muy pequeña.

—¡Venga, léelo! —me apremió mi hermana.

Miré primero el final.

—Es de Ivanna —dije muy nervioso.

—¿Qué dice? —insistió Marissa con impaciencia.

Cogí la nota con las dos manos y la leí en voz alta:

«QUERIDOS NIÑOS, PARA PASAR LA PRUEBA NO OS SEPARÉIS DE LUKA. TENED MUCHO CUIDADO EN NO PERDERLO DE VISTA… O ESTARÉIS PERDIDOS.»

17

Marissa y yo volvimos lentamente al claro. La hierba oscilaba bajo la suave brisa, y las nueces del suelo crujían bajo nuestros pies. Yo todavía llevaba la nota de Ivanna en la mano. La miré una vez más, esperando que no dijera lo que decía.

Luego hice una bola con el papel y lo tiré con furia.

Marissa caminaba a mi lado. El sol caía a plomo y sudábamos copiosamente.

—Podríamos esperar a Luka aquí. A lo mejor vuelve —dijo mi hermana.

—No va a volver —repliqué—. Seguro que aún está persiguiendo la ardilla, a muchos kilómetros de aquí.

—¿Qué hacemos, entonces? ¿Cómo pasaremos la prueba?

Lancé un suspiro.

—No podemos pasar la prueba. Ya has visto lo que dice la nota. Estamos perdidos.

—Bueno, por lo menos podemos intentarlo. —Marissa echó a andar y yo la seguí.

No habíamos dado media docena de pasos cuando oí de pronto un fuerte crujido, como si partieran un lápiz en dos. Luego un chasquido. Me volví bruscamente, esperando ver a Luka, pero sólo vi los altos árboles blancos. No había nadie.

Oí entonces otro chasquido, y otro, y otro. Se oían ruidos por todas partes. «¡La tierra se está resquebrajando!», pensé alarmado. Me imaginé que se abría la tierra y que aparecía un oscuro agujero. Y Marissa y yo caíamos, caíamos, caíamos…

¡El Pozo sin Fondo!

Ojalá mi padre no nos hubiera contado nunca esa historia.

Marissa me cogió del hombro y señaló hacia abajo.

—¡Mira, Justin!

La tierra no se había abierto, pero por todas partes se oían crujidos y chasquidos, cada vez más fuertes.

—¡Aah! —gemí asustado al darme cuenta horrorizado de que la hierba se movía. Lo notaba bajo mis pies.

—¿Qué está pasando? —gritó Marissa, todavía agarrada a mí.

Los crujidos eran cada vez más fuertes. Parecía como si los árboles se estuvieran partiendo. La hierba oscilaba y se doblaba.

—¡Son las nueces! —exclamé—. ¡Mira! ¡Se están abriendo!

Me tapé los oídos para no oír el ruido, mirando los frutos que se estremecían y brincaban en torno a nosotros. Cientos y cientos de nueces se iban abriendo en todo el claro con tal fuerza que el suelo temblaba.

Y de pronto Marissa y yo lanzamos un grito al ver lo que salía de ellas.

18

En una nuez abierta se veían unos dientes, unos ojillos negros y un morro que se agitaba. La criatura se incorporó y aparecieron sus flacas patitas y su cuerpo delgado, de pelaje gris.

—¡Un ratón! —exclamé.

—¡Hay cientos! —dijo Marissa.

Las nueces se abrían en todo el claro. Eran tantas que la hierba se estremecía y el suelo parecía temblar. Los ratones iban saliendo poco a poco.

Primero asomaban la cabeza, olfateaban el aire y mostraban los afilados dientes. Luego, con aquellas patitas tan flacas se abrían paso y salían de la concha.

—No son nueces… son huevos.

—Pero los ratones no nacen de huevos —protesté.

Marissa me miró con expresión todavía de asombro.

—Pues éstos no deben de saberlo.

Un ratón se me subió a las botas. Había tantos correteando por el suelo que la hierba susurraba.

—¡Vámonos de aquí! —exclamé, agarrando a Marissa del brazo.

Pero había tantos ratones en el suelo y tantos subiéndose por nuestras botas que no nos podíamos ni mover. Y para colmo se pusieron a chillar.

—Iiii iiii iiii iiii.

El sonido nos rodeaba, cada vez más fuerte, apagando el susurro de la hierba. Marissa y yo nos tuvimos que tapar los oídos.

—Iiii iiii iiii iiii.

—¡Hay que salir de aquí! —insistí.

—¡El suelo está cubierto de ratones! Si echamos a correr…

—¡Aaaaahh! —grité. Un ratón se me había metido dentro de la bota y me estaba arañando a través de los calcetines.

Al agacharme para sacarlo vi a otros dos ratones que me clavaban los dientes en los pantalones.

—¡Eh! —Intenté apartarlos a manotazos, pero perdí el equilibrio y caí de rodillas. ¡Tan torpe como siempre!

Los ratones me correteaban por las manos. Uno se me subió por el brazo hasta la espalda.

—¡Socorrooooo! —gritamos a la vez mi hermana y yo. Marissa estaba inclinada e intentaba quitarse un par de ratones de la cabeza. Otro le mordisqueaba el suéter, otros dos le subían por la pierna y algunos se le habían aferrado a la mochila.

—¡Socorro! ¡Aah! ¡Socorro!

Intenté levantarme, pero un ratón se me metió bajo el suéter. Sentí sus patitas en el pecho y luego una punzada de dolor en la espalda. ¿Me había mordido?

Los ratones me saltaban a los hombros, me trepaban por la espalda hacia el cuello, se arracimaban en la mochila. Yo agitaba las manos como loco, intentando quitármelos de encima, pero había muchísimos. Chillaban, mordían, se me agarraban a la ropa, a las manos, al pelo.

—¡Socorroooo! ¡Socorrooo!

Me quité un ratón de la oreja y lo tiré al suelo. Notaba que muchos de ellos correteaban por mi piel bajo el suéter. Uno me mordió. Lancé un grito y me caí de narices al suelo.

Seguí intentando apartarlos a manotazos, a golpes, a tirones. Pero eran muchos, muchísimos. Marissa también estaba llena de ratones. Daba vueltas, se agitaba. Yo quería ayudarla, pero no podía levantarme. Me picaba y me dolía todo el cuerpo. Los ratones trepaban por todas partes, me hacían cosquillas, me arañaban, me mordían… Y yo no podía moverme. No podía respirar.

19

—¡Fuera! ¡Fuera! —logré gritar.

Me quité de un golpe dos ratones de la cara, y luego cogí uno que tenía en el pelo y otro en la frente. Movía como loco los brazos y las piernas, intentando liberarme.

Un ratón gordo y gris me arañó la oreja. Lo agarré con la mano y lo estrujé. El animal lanzó un suave chillido y quedó yerto. Noté algo duro en su barriga peluda, como un bultito. Me aparté otro par de ratones y miré el que tenía en la mano. Apreté el pequeño bultito duro y el bicho comenzó de nuevo a agitarse. Volví a apretar el bultito y el ratón quedó yerto.

—¡Es un botón de encendido y apagado! —exclamé.

Me volví hacia Marissa. Mi hermana había caído de rodillas y estaba cubierta de ratones.

—¡Es un botón de encendido y apagado! —repetí—. Aprieta el botón que tienen en la barriga. ¡Ya verás cómo se apagan!

Me quité un ratón del cuello y apreté el botón. Luego apagué otros dos.

—¡No son de verdad! —exclamé contentísimo—. ¡Son ratones falsos! ¡Son mecánicos!

Marissa se levantó, sacudiéndose ratones de la ropa y apagándolos.

—¡Qué raro! —dijo—. Esto es rarísimo.

—Tenemos que salir de aquí. Hay que encontrar a Luka.

—¿Tú crees que ésta sería la prueba? —preguntó ella—. ¿La habremos superado?

—No lo sé. —Miré entre los árboles—. Pero ahora no me

importa la prueba. Sólo quiero salir de aquí y alejarme de estos dichosos ratones de juguete.

Me quité otros dos de las piernas y apagué uno que Marissa tenía en el hombro. Luego echamos a correr. Los ratones correteaban bajo nuestros pies, y sus agudos chillidos resonaban por todas partes. Los íbamos pisoteando, pero no nos importaba. Sabíamos que no eran de verdad. Estábamos casi al borde del claro cuando de pronto se me ocurrió una idea. Me agaché y me puse a atrapar ratones.

—¡Espera! —le grité a Marissa. Pero ella siguió corriendo hacia los árboles, sin oírme—. ¡Espera! ¡Ahora voy! —Metí unos cuantos puñados de ratones apagados en la mochila. ¡Serían geniales para gastar bromas! Parecían tan reales… Me lo pasaría de miedo con ellos en la clase de la señorita Olsen. Metí ocho o nueve ratones más en la mochila y luego eché a correr en pos de mi hermana. Cuando miré atrás vi miles de ratones que se agitaban, pisoteándose unos a otros. Por fin me interné entre los árboles, corriendo como loco, sin mirar siquiera.

—¡Marissa, espera! —Mi hermana iba muy por delante—. ¡Espera! —repetí.

De pronto lancé un grito. Me había estrellado contra un árbol. Me quedé sin aire y vi todas las estrellas del universo. Tendí la mano para agarrarme al árbol y oí un crujido. Era un crujido muy fuerte y muy cercano.

El árbol… el árbol se estaba cayendo.

—¡Cuidado! —le grité a Marissa.

Pero era demasiado tarde. Marissa levantó las manos para protegerse… pero quedó aplastada bajo el pesado tronco del árbol blanco.

20

—¡Noooo! —grité horrorizado.

Marissa yacía boca abajo en el suelo. El tronco le había aplastado la espalda y los hombros. ¿Respiraba todavía?

—¡Marissa! —Me arrodillé junto a ella—. Yo… Yo…

De pronto mi hermana se sacudió con fuerza, levantó la cabeza y me miró con los ojos entornados.

—¿Qué ha pasado? —susurró.

—¿Te duele? —le pregunté ansioso—. ¿Te duele algo?

Ella entornó más los ojos, como si estuviera meditando la respuesta.

—Pues no, no me duele nada. —Se puso de espaldas y levantó el tronco del árbol con las manos.

—¿Eh? —exclamé sorprendido.

Mi hermana tenía la misma cara de asombro que yo.

—También es falso —dijo. Arrancó un trozo de corteza—. Es yeso o algo así. Mira.

Agarré un trozo de corteza, todavía temblando del susto, y se me hizo polvo en la mano. Sí, era como yeso suave. Marissa se levantó y se sacudió el polvo blanco de la ropa.

—Es todo falso —repitió.

—¿Serán falsos todos los árboles del bosque? —pregunté.

Me levanté y eché a correr con todas mis fuerzas contra un árbol. El tronco se rompió sin resistencia, cayó sobre otro árbol y lo derribó también. Los troncos de yeso se hicieron añicos al caer al suelo.

—¡Todo es falso! —exclamó mi hermana, esbozando una sonrisa

—. ¡Qué divertido!

Echó a correr también, en dirección a otro árbol.

—¡No! ¡Ése no! —grité.

Supongo que no pudo detenerse a tiempo. El caso es que se estrelló con el hombro contra el tronco.

—¡Aaaah!

Levantó los puños en gesto triunfal al ver que el árbol caía, pero no tuvo mucho tiempo para celebrarlo. Se oyó un fuerte aleteo y unas oscuras sombras comenzaron a salir de los troncos caídos.

Yo ya había visto los murciélagos. Docenas de ratas negras colgadas cabeza abajo en los troncos de los árboles. Los había visto, pero no le había dicho nada a Marissa. Y ahora todos los murciélagos salieron volando furiosos al ver interrumpido su sueño. Nos rodearon chillando y comenzaron a volar en círculos, cada vez más deprisa. Yo notaba la cálida brisa que levantaban sus alas.

—¿Serán también de mentira? —preguntó Marissa con un hilillo de voz.

—No-no lo creo —dije tartamudeando, al ver que se disponían a atacarnos.

21

Marissa y yo nos agachamos. Cerré los ojos, me tapé la cabeza con las manos… Y no pasó nada.

De pronto un fuerte estampido se alzó sobre los chillidos de los murciélagos. La tierra se estremeció. ¿Sería un trueno? Se oyó otro estampido y un rumor, primero débil, luego como una explosión.

Alcé la cabeza y vi que los árboles temblaban. Los murciélagos dejaron de chillar y sus alas quedaron extendidas. Al sonar otro estampido, echaron a volar y se elevaron sobre los árboles, recortados contra el brillante cielo, hasta que parecieron desaparecer en el sol.

Marissa lanzó un suspiro de alivio.

—Estamos salvados —dijo mientras se levantaba.

—¿Pero qué ruido es ése? —pregunté yo.

El siguiente estampido sonó más cerca. Noté que el suelo se estremecía. Un árbol se tambaleó, y luego cayó al suelo.

—No pueden ser truenos —afirmó Marissa, señalando el cielo—. No se ven nubes.

Otro estampido. Más cerca aún.

—Cre-creo que ya sé lo que es —tartamudeé yo.

Marissa se volvió hacia mí. Un nuevo estampido sacudió los árboles.

—Son pasos —murmuré—. Y vienen hacia nosotros. Seguro que son pasos.

Marissa se quedó con la boca abierta.

—Justin… Ya te estás dejando llevar por tu imaginación otra vez.

—No, es verdad —insistí—. Son pasos.

—Tú estás loco. ¿Quién podría pisar tan fuerte? Tendría que ser… —Su voz se desvaneció.

Sonó otro estampido. Dejé volar la imaginación. No podía evitarlo. Me imaginé un dinosaurio, un *Tyranosaurus rex* que avanzaba entre los árboles. O tal vez uno de esos saurios enormes con los cuellos largos y delgados.

Buuum. Buuum.

¡Tal vez eran dos!

—Sea lo que sea, se está acercando —susurró Marissa—. Ivanna dijo que era una prueba de supervivencia, pero…

De momento aquello había sido una competición de carreras. Pero me daba igual. Desde luego no pensaba quedarme allí para ver qué era aquella criatura gigante. Justo cuando Marissa y yo echábamos a correr en direcciones opuestas, una sombra cayó sobre nosotros.

Alcé la vista para ver si las nubes habían tapado el sol, pero no se veía ni una mancha en el cielo. Era la sombra de la criatura, que se acercaba cada vez más.

Se oían crujir los árboles bajo sus pies. La tierra se estremecía. ¿Qué tamaño debía de tener? Volví la cabeza, pero sólo vi árboles trémulos.

Buuum. Buuuum.

La tierra dio tal sacudida que se me doblaron las rodillas. Marissa y yo corríamos a toda velocidad, sin aliento, pero no había forma de escapar de la sombra. Por mucho que corriéramos, siempre flotaba sobre nosotros, fría y oscura.

Buuum. Buuuum.

Ya estaba muy cerca. Tan cerca que cada una de sus pisadas me hacía dar un brinco en el aire. Me palpitaba el corazón, me latían las sienes. Pero los dos seguíamos corriendo desesperados, intentando escapar de aquella sombra que parecía tenernos prisioneros.

Por fin llegamos a un ancho arroyo y nos detuvimos junto a la lodosa orilla, mirando la rápida corriente de agua azul.

—¿Y ahora qué? —pregunté jadeando.

La sombra se oscureció todavía más. Marissa me tiró de la manga.

—Mira, se ve el fondo. Parece poco profundo. A lo mejor podemos atravesarlo a pie. O nadar, si es necesario.

Buuuum. Buuuum.

La sombra se oscurecía.

—Vamos —dije.

Y entramos en el agua clara y fría.

22

La corriente era más rápida de lo que había imaginado. Al pisar el fondo blando del arroyo estuve a punto de perder el equilibrio. Me agarré al hombro de Marissa y nos quedamos allí cogidos un momento, acostumbrándonos a la sensación del agua.

—Brrrr —me estremecí. El agua estaba helada. Pero el arroyo era poco profundo, como había dicho mi hermana. Sólo me llegaba un poco más arriba del tobillo.

Di un paso, inclinado, intentando mantener el equilibrio. Seguimos avanzando hasta llegar a la mitad.

—¡Ah! —exclamé de pronto. No podía dar otro paso.

—¡Eh! —gritó Marissa también—. ¡Estoy atascada!

—¡El fondo es demasiado blando!

Intenté sacar el pie del barro, pero era imposible. Tenía las botas totalmente hundidas. Me incliné y tiré con fuerza. Nada. Me cogí la pierna con las manos e intenté sacarla. No había forma.

—¡Nos estamos hundiendo! —gimió Marissa—. ¡Mira, Justin! ¡Nos hundimos!

Tragué saliva. Era verdad. Notaba cómo me hundía en el agua fría, en el barro suave y pegajoso. El agua ya me llegaba a las rodillas y subía muy deprisa.

—Quítate las botas y ponte a nadar —indiqué a mi hermana.

Nos inclinamos e intentamos desanudarnos los cordones, pero teníamos las botas demasiado hundidas en el barro. El agua ya nos llegaba a la cintura. Si nos seguíamos hundiendo, pronto nos cubriría la cabeza.

Buuum. Buuum.

El agua se agitaba con aquellas pisadas. La oscura sombra se cernió sobre el arroyo.

—¡Mira, Justin! —gritó Marissa, señalando la otra orilla, tan cerca y tan lejos.

Escudriñé las sombras pero no vi nada.

—¿Qué es?

—Un tapón enorme. Está en el fondo del río. Es como el tapón de una bañera. El arroyo tampoco es de verdad.

—Pues a mí el agua me parece muy real —le dije, hundiéndome todavía más en el barro—. ¿Tú llegas al tapón, Marissa? A lo mejor, si tiras de él se va el agua.

Mi hermana se inclinó, con las dos manos estiradas.

—Ya lo i-intento —dijo jadeando—. Si pudiera…

Buuum. Buuum.

Marissa lanzó un suspiro.

—¡No llego! Está demasiado lejos.

El agua me llegaba al pecho.

—Me parece que no hemos pasado la prueba de Ivanna —dije apenado.

—¡Noooo! —gritó Marissa, salpicando agua con las manos y retorciendo todo el cuerpo.

La sombra seguía avanzando hacia nosotros. Volví la cabeza y miré la orilla. Entonces vi las criaturas y lancé un espeluznante chillido de horror.

23

Al principio me parecieron negros nubarrones flotando sobre los árboles, pero luego me di cuenta de que aquellas formas eran demasiado oscuras para ser nubes. Demasiado oscuras y demasiado sólidas.

Y entonces vi los ojos amarillos y reconocí las cabezas. Eran gatos.

¡Gatos!

Gatos negros, gigantescos, que alzaban las cabezas por encima de los árboles. Sus colas ascendían como el humo de una chimenea. Eran dos, y sus pisadas resonaban en el bosque, estremeciendo el suelo y los árboles. Sus ojos amarillos estaban fijos en Marissa y en mí.

—¡No… no son de verdad! —exclamó mi hermana—. No son de verdad, no son de verdad. —Había dejado de agitar el agua y estaba totalmente inmóvil, mirando los gatos y repitiendo lo mismo una y otra vez, como un disco rayado.

Los árboles se rompían y caían mientras los gatos se iban acercando.

—¡Noooo! —gimió Marissa.

Yo respiraba con dificultad. Me dolía el pecho y me daba vueltas la cabeza.

Los gatos enseñaron los dientes, lanzando un espantoso bufido, y entornaron los ojos con gesto agresivo. Echaron atrás la cabeza y arquearon el lomo, con todo el pelo de punta.

—¿Qué-qué van a hacer? —tartamudeó Marissa.

Yo abrí la boca para contestar, pero sólo me salió un gritito. El

agua ya me llegaba a los hombros. Levanté las manos, intentando no hundirme más.

—Justin…, ¿qué van a hacer? —repitió mi hermana con voz chillona.

No tuvimos que esperar mucho para saberlo. Sin darnos tiempo ni a gritar, los gatos se precipitaron sobre nosotros, con las fauces muy abiertas. Yo me agité como loco para escapar, pero no podía moverme. El agua me salpicó la cara. Luego sentí unos dientes que se cerraban en torno al cuello de mi suéter.

Mientras escupía agua y resoplaba, noté que me subían por los aires. Las botas se me despegaron del barro con un chasquido. Sentía en el cuello y la cabeza el aliento caliente del gato. Los dientes me tenían firmemente sujeto.

—¡Uuuaaaaa! —pude gritar por fin.

El gato me sacudió, moviendo la cabeza de un lado a otro. Mis brazos y piernas se agitaban como locos.

—¡Socorrooo! ¡Socorrooo! —oí chillar a mi hermana. El otro gato la tenía también sujeta por el cuello del suéter y la agitaba en el aire.

Intenté llamarla, pero una ráfaga de aliento caliente de gato me dejó casi asfixiado. El animal se alzó sobre las patas traseras y se puso a darme golpecitos con las delanteras. «¿Me habrá tomado por un juguete?», me pregunté. Pero no tuve tiempo de darle muchas vueltas al asunto. Ya estaba mareado de tanto meneo en el aire, cuando de pronto noté que el gato me soltaba.

Abrió las fauces y empecé a caer. ¿Caería en el agua?

No. Aterricé de espaldas en la orilla y me pegué tal golpetazo que hasta reboté en el suelo. Me dolía todo, pero aun así me levanté. Aunque me palpitaba el corazón y estaba temblando de la cabeza a los pies, quise echar a correr. Pero el gato me cogió otra vez con los dientes, esta vez por el hombro. Al salir disparado de nuevo por los aires vi que Marissa estaba cayendo, y la oí gritar al golpearse contra el suelo. El otro gato negro volvió a abrir la boca y cogió otra vez a mi hermana.

Arriba y abajo. Mi cuerpo se estrelló contra la orilla. Intenté incorporarme, pero entonces me cogió otra vez y me dejó colgado por encima del agua. Y luego, de vuelta al suelo.

—¡Aaay!

El gato inclinaba otra vez su enorme cabezota para cogerme.

—¿Pero qué hacen? —preguntó Marissa con voz chillona.

—¿Sabes lo que hacen? —repliqué yo, con un escalofrío de terror—. Pues lo que hacen todos los gatos: ¡Jugar con la comida!

24

—¡Uuuaaaaa!

Se me puso el estómago en la garganta al notar que me subían otra vez por los aires. El gato me dio un manotazo y me dejó oscilando.

—¿Nos… nos van a comer? —preguntó Marissa.

—¡Les debemos de parecer ratones! —exclamé yo.

Y entonces se me ocurrió una idea.

El gato movió la cabeza y me agarró entre sus enormes patas. Me apretaba tanto que pensé que me iba a reventar. Casi no podía respirar, pero mi idea me infundía esperanzas.

«¿Me dará tiempo? —me pregunté—. ¿Lo conseguiré antes de que el gato me coma vivo?»

El animal me agarró entre los dientes y noté una oleada de dolor en la espalda. Me dolía todo el cuerpo. Me agité, eché atrás el brazo e intenté atrapar mi mochila. «Si consigo abrirla —me dije—, quizás encuentre los ratones que llevo dentro. Y si logro conectar uno o dos, a lo mejor distraen a los gatos y Marissa y yo logramos escapar.»

A lo mejor, a lo mejor, a lo mejor…

Pero tenía que intentar alguna cosa, si no quería ser la merienda de un gato.

El animal me pegó un lametón en el cuello y grité de dolor. ¡Tenía la lengua más áspera que la lija!

Por fin agarré la mochila con una mano, pero el gato abrió las fauces, me dio un golpe con la lengua por detrás y caí al suelo. Aterricé a cuatro patas. Estaba a punto de desmayarme, pero no

podía rendirme. Sin hacer caso del dolor, me quité la mochila de los hombros, me la puse al pecho y la agarré fuertemente con los brazos.

—Tengo que sacar los ratones —dije en voz alta—. Tengo que distraer a estos bichos.

Me temblaban tanto las manos que no podía ni abrir la cremallera.

—¡Aaaaaah! —grité de rabia al ver que el gato volvía a atraparme. Quería llamar a Marissa, decirle que aguantara, que tenía un plan.

Una vez en el aire, así la mochila con la mano derecha e intenté abrirla con la izquierda. «Por favor, por favor —supliqué en silencio —. Que pueda sacar los ratones. Que pueda conectarlos.»

—Es mi única oportunidad —dije, forcejeando con la cremallera —. Mi única oportunidad…

Una ráfaga de aliento caliente me hizo estremecer. Sentí de nuevo la áspera lengua raspándome el cuello.

—¡Sí! —grité cuando por fin logré abrir la mochila.

Metí la mano apresuradamente para agarrar un ratón… Pero el gato me dio una sacudida y la mochila se me escapó de las manos.

—¡Nooooo! —Lancé los brazos desesperado para atraparla, pero fallé. Entonces intenté engancharla con el pie—. ¡Nooooo! —La mochila cayó al suelo, rebotó un par de veces y se quedó cerca de la orilla.

Noté los afilados dientes del gato en la piel. El animal abrió la boca. Yo me deslizaba hacia la áspera lengua. Bajaba, bajaba hacia la caverna de aquellas fauces…

—Lo siento, Marissa —dije aterrorizado—. Estamos perdidos.

25

El suelo desapareció de mi vista. Yo bajaba hacia la garganta del gato. Tendí las manos y me agarré a sus colmillos, calientes y pegajosos. Tiré con fuerza y me aupé un poco. Luego me arrastré por la lengua, tiré otra vez y asomé la cabeza por la boca abierta del gato.

No veía a Marissa por ninguna parte. ¿Se la habría comido ya el otro animal? Detrás de mí, la lengua se doblaba. El gato intentaba echarme hacia abajo, pero yo me agarraba con fuerza a los colmillos.

Abajo, en el suelo, tres o cuatro ratones salieron de mi mochila. ¡Se habían conectado con el golpe! ¿Los verían los gatos? ¿Llamarían su atención?

El gato chasqueó los dientes. Yo lancé un grito de dolor y solté los colmillos. La lengua se doblaba debajo de mí. Noté que comenzaba a deslizarme de nuevo. Por fin la boca se cerró, dejándome en la oscuridad más absoluta.

—¡Aaaah! —Allí dentro hacía mucho calor y humedad. Era difícil respirar. Oí un gorgoteo y un gruñido en el estómago del gato —. ¡No! —grité—. ¡No no no no! —Mi voz sonaba débil y apagada.

De pronto la lengua me empujó, más allá de los dientes, más allá de los labios… y respiré una bocanada de aire fresco.

Entonces caí.

Aterricé de espaldas en el suelo junto a Marissa. Ella me miró sorprendida, con la expresión desencajada y el pelo mojado y desgreñado, pegado a la cabeza. Los dos nos levantamos… justo en el momento en que los gatos daban un brinco.

Los dos se habían lanzado sobre el mismo ratón mecánico y se lo disputaban entre bufidos y zarpazos.

—¡Marissa! ¡Vámonos!

Ella se quedó mirando atónita a los gatos gigantes, que en la pelea cayeron al agua y volvieron a salir.

—¡Deprisá! ¡Vamos! —grité. Cogí a Marissa y tiré de ella—. En cuanto descubran que los ratones no son de verdad, vendrán otra vez a por nosotros.

—¿Pero son de verdad los gatos? —preguntó mi hermana, todavía mirándolos perpleja—. ¿Son de verdad o son falsos también?

—¿Y qué más da? ¡Vámonos de aquí!

Echamos a correr una vez más por el bosque. ¿Hacia dónde íbamos? No lo sabíamos. Lo único que queríamos era alejarnos de allí lo más deprisa posible.

Yo tenía la ropa mojada y pegajosa de saliva de gato, pero el aire fresco era un alivio y además me iba secando.

Nuestras sombras se extendían ante nosotros, como dirigiendo el camino. Se oían extraños gritos de animales que parecían agudas carcajadas, y el batir de alas por encima de los árboles. Pero Marissa y yo no hacíamos caso de nada. Corríamos como locos, abriéndonos camino entre los matojos y los arbustos.

No hablábamos, ni siquiera nos mirábamos. Corríamos uno al lado del otro, ayudándonos a pasar entre el follaje. Los dos estábamos sin aliento cuando llegamos al claro. Varias polillas amarillas y blancas flotaban en silencio sobre la hierba.

—¡Mira, Marissa! —exclamé, señalando al otro lado del claro.

Una pequeña cabaña, una cabaña muy familiar se alzaba donde terminaba la hierba.

—¡Es la casa de Ivanna! —dijo Marissa contentísima—. ¡Lo hemos logrado, Justin! ¡Hemos vuelto!

Yo respiré hondo y eché a correr por la hierba, seguido de mi hermana.

—¡Ivanna! ¡Ivanna! —gritamos al unísono.

Al ver que no salía nadie, abrí la puerta.

—Ivanna, hemos vuelto. —Eché un vistazo en torno a la sala, esperando que los ojos se me acostumbraran a la penumbra.

Marissa me apartó de un empujón e irrumpió en la cocina.

—¡Hemos sobrevivido! —exclamó—. ¿Ha terminado ya la prueba? ¿La hemos pasado? Justin y yo…

De pronto vimos a Ivanna sentada, con la cabeza apoyada en la mesa de la cocina. Su casco yacía volcado en la mesa y sus largas trenzas le caían deshechas sobre la cara.

—¡Ivanna! ¡Ivanna! —llamé. Luego me volví hacia Marissa—. Debe de estar dormida.

—¿Ivanna? ¡Hemos vuelto!

La mujer no se movió. De pronto oí un gemido en el fondo de la sala. Plateado estaba allí, en la oscuridad, acurrucado contra la pared, con la cabeza sobre las patas.

—Justin… aquí pasa algo raro —susurró Marissa.

—¡Ivanna! ¡Ivanna! —grité. Pero ella no se movía.

El perro aulló con tristeza.

—¿Está dormida? —preguntó mi hermana—. ¿Qué le pasa?

—Vamos a verlo —dije.

Respiré hondo y me acerqué a la mesa de la cocina. Marissa me miraba con las manos en las mejillas. De pronto me detuve, conteniendo el aliento.

—¿Qué-qué pasa? —preguntó Marissa tartamudeando.

—¡Mira lo que tiene clavado en la espalda!

26

—¿Eh? —Marissa se quedó con la boca abierta—. ¿Qué…?

Tragué saliva. Me temblaban tanto las piernas que tuve que agarrarme a una silla para no caerme.

—¡Mira, Marissa!

Mi hermana se acercó con cara de miedo, y los dos nos quedamos mirando el objeto que salía de la espalda de Ivanna.

Hice acopio de valor y con el corazón palpitante me incliné para verla de cerca. Era una manivela.

—¡Es para darle cuerda!

Marissa se quedó con la boca abierta. Yo cogí la manivela y la giré un poquito. La cabeza de Ivanna se alzó y volvió a caer sobre la mesa.

—Sí, es para darle cuerda —repetí.

Ivanna tenía las manos yertas a los costados. Le tomé una entre las mías. Era suave y esponjosa, rellena de algodón o algo así. La dejé caer y me volví hacia mi hermana.

—Ivanna tampoco es de verdad. —Tragué saliva—. Es como un muñeco, o una marioneta. ¡No es de verdad!

—¿Pero es que hay aquí algo de verdad? —preguntó Marissa con un hilillo de voz—. Tengo miedo, Justin. ¿Forma esto parte de la prueba o qué? ¿Cómo vamos a salir de aquí? ¿Cómo vamos a encontrar a papá? Si Ivanna no es de verdad, ¿quién lo es?

Me limité a mover la cabeza. No sabía qué responder, y tenía tanto miedo como ella. Miré a Plateado, que seguía en el rincón, con la cabeza entre las patas. El perro gimió suavemente y de pronto irguió las orejas y levantó la cabeza con los ojos llameantes.

Oí un fuerte gruñido detrás de mí.

—¡Eh! —Me di la vuelta y de pronto vi entrar a una criatura furiosa.

¡Era Luka! Nos miró voraz a mi hermana y a mí, y una enorme sonrisa apareció en su rostro salvaje.

—¡No! —exclamó Marissa, retrocediendo.

Luka se echó atrás el pelo con una sacudida de la cabeza, abrió la boca y con un aullido se plantó en el centro de la habitación. Volvió a gruñir y se lanzó contra nosotros.

—¡No, Luka! —le grité—. ¡No nos hagas daño!

27

La sonrisa de Luka se desvaneció. Bajó los brazos y me miró, entornando sus ojos oscuros.

—No voy a haceros daño —dijo suavemente. Marissa y yo nos quedamos de piedra.

—Pero, pero… ¿Tú hablas?

—Sí, hablo. Y lo primero que quiero deciros es… ¡Felicidades!

Luka atravesó la habitación caminando sobre dos patas, como un hombre. Le estrechó la mano a Marissa y luego a mí.

—Felicidades a los dos —dijo sonriendo—. Habéis superado la prueba.

—Pero… pero… pero… —No me salían las palabras. Luka se quitó una larga tira de pelo del brazo y otra del cuello.

—Me alegro de poderme quitar esta cosa —dijo, mientras seguía pelándose—. Da un calor horroroso, sobre todo cuando uno anda correteando por el bosque como un animal salvaje.

—No entiendo nada —admití.

Marissa asintió con la cabeza.

—Ivanna no es real, ¿verdad?

—No —contestó Luka—. La hice yo mismo, como todas las criaturas que habéis encontrado en mi Bosque Fantasía.

—Pero ¿por qué? —pregunté—. ¿Por qué has construido todo esto?

—Como una prueba —dijo Luka. Incorporó a Ivanna en su silla, le apartó el pelo de la cara y le puso el casco—. Mucha gente viene al bosque buscando todo tipo de tesoros. Igual que vosotros dos.

»Mi familia lleva viviendo en este bosque cientos de años.

Nuestro trabajo ha sido proteger sus tesoros, de modo que diseñamos una prueba, para dejar entrar sólo a aquellos que lo merecían, para detener a los que no eran dignos de los maravillosos tesoros de este bosque.

—¿Vosotros construisteis todo el bosque? —preguntó Marissa.

Luka negó con la cabeza.

—Sólo la parte que no es de verdad.

—¿Y cómo es que nosotros superamos la prueba? —quise saber.

—Descubriendo lo que era auténtico y lo que no. Sobreviviendo y triunfando sobre lo no real.

Marissa se volvió hacia Ivanna. Los ojos verdes de la muñeca la miraban sin vida.

—¿Por qué construiste a Ivanna?

Luka sonrió con orgullo.

—Es mi mejor creación. Así nadie imagina que soy yo quien está a cargo de todo. Nadie se cree que un hombre lobo salvaje esté al mando del Bosque Fantasía. Así puedo vigilar a todo el mundo y ver qué tal va la prueba.

A mí me parecía todo muy misterioso, pero estaba tan contento que no quería discutir.

—Y ahora os daré el tesoro que habéis venido a buscar —anunció Luka, y desapareció por la parte trasera de la cabaña.

Marissa y yo nos miramos.

—¡No me lo puedo creer! —exclamé—. ¡Nos va a dar el cofre de plata con la Leyenda Perdida! ¡Papá va a alucinar!

—¡Seremos ricos y famosos! —añadió Marissa—. Y papá nunca más podrá decirnos que no le ayudamos en nada.

Un instante más tarde volvió Luka con un pequeño cofre de plata.

—Felicidades otra vez —dijo con solemnidad—. Es para mí una alegría concederos el tesoro que habéis venido a buscar. Os deseo buena suerte con él.

Me puso el cofre en las manos. Era más ligero de lo que imaginaba. La plata brillaba a la luz de la vela de la mesa. Me palpitaba el corazón y me temblaban las manos. Estaba tan emocionado que casi se me cae el cofre. ¡Pensar que tenía en mis brazos la Leyenda Perdida!

—Muchas gracias —acerté a decir.

—Sí, muchas gracias —repitió Marissa—. Y ahora, ¿cómo podemos volver con nuestro padre?

Luka chasqueó los dedos y Plateado se levantó de un brinco.

—Plateado os llevará a vuestro campamento. No os alejéis de él. Él os protegerá.

—¿Eh? ¿De qué nos tiene que proteger? —pregunté yo, abrazando con fuerza el cofre.

—En el bosque hay muchos ladrones. Algunos son auténticos, otros no. Pero todos querrán robaros el tesoro.

—No nos alejaremos de Plateado —prometí.

Después de dar las gracias de nuevo, seguimos al perro hasta el bosque. El sol comenzaba a ponerse tras los árboles, y en el aire se notaba ya el frío de la noche. Plateado encabezaba la marcha con la cola muy alta, como una bandera.

Yo llevaba el cofre con cuidado y no le quitaba la vista de encima al perro. Marissa iba justo detrás de mí. Recorrimos un sinuoso camino entre altos matorrales amarillos. Luego rodeamos unos arbustos y Plateado nos llevó a un sendero cubierto de hojas. Nuestros pasos crujían en el suelo. Yo abrazaba el cofre contra mi pecho, ansioso por abrirlo y echar un vistazo a la Leyenda Perdida.

¿De qué hablaría la leyenda? ¿Quién la habría escrito, y cuándo? Eran muchas las preguntas, y todas quedarían respondidas en cuanto abriera el cofre y sacara la leyenda del lugar donde había permanecido escondida durante quinientos años.

El sol terminó de ocultarse entre los árboles. Nuestras sombras se alargaron.

—¡Un momento! —exclamé al oír un crujido de hojas a nuestras espaldas—. ¡Esperad!

Plateado siguió caminando, pero Marissa y yo nos detuvimos a escuchar. Unos pasos se acercaban muy deprisa detrás de nosotros. Sentí un escalofrío de miedo.

—Marissa, alguien nos sigue.

28

—Luka nos dijo que había ladrones —susurró Marissa.

Los pasos se acercaban cada vez más. Yo me metí el cofre bajo el brazo. Tenía la garganta seca y apenas podía respirar. Plateado, que seguía caminando, con la cola levantada, desapareció tras un matorral.

—No podemos quedarnos aquí —dijo Marissa.

Los pasos se oían ya muy cerca. En cualquier momento aparecerían uno o varios ladrones entre los árboles y nos robarían el cofre. Me di la vuelta. Ya no se veía al perro por ninguna parte.

—Vámonos corriendo —me sugirió Marissa.

—No podemos correr mucho —dije yo—. No puedo correr porque hay que tener mucho cuidado con el cofre.

Marissa me miró con cara de pánico, pero de pronto cambió su expresión.

—Tengo una idea, Justin. Vamos a escondernos detrás de esos árboles. Los ladrones pasarán de largo.

¿Era una buena idea? No teníamos tiempo de pensarlo. Había que hacer algo. Echamos a correr hacia los árboles, hacia los pasos que se aproximaban. ¿Conseguiríamos escondernos a tiempo?

A medio camino tropecé con una rama caída.

—¡Aaaah! —El cofre se me escapó de las manos—. ¡Nooooo! —Intenté agarrarlo desesperadamente pero fallé. Caí de rodillas y el cofre voló por los aires.

Y justo en ese momento, un hombretón salió de entre las sombras, levantó los brazos y se apoderó del cofre.

29

Me quedé mirando el cofre de plata, fuertemente agarrado entre las manos del hombre. Nuestro cofre.

Nuestra Leyenda Perdida.

Habíamos pasado muchos horrores para conseguirlo, y ahora nos lo habían robado. Alcé la vista hacia el rostro de aquel hombre.

—¡Papá! —exclamé.

—¡Papá! —dijo Marissa—. ¡Es increíble!

Una sonrisa apareció en el rostro de mi padre.

—A mí también me parece increíble. ¿Pero dónde os habíais metido? ¿Por qué os fuisteis? ¡Os he estado buscando por todo el bosque! ¿Dónde estabais?

—Es una larga historia —dijo Marissa, precipitándose hacia él.

—Sí. Y tenemos una cosa para ti —añadí yo.

Mi padre dejó el cofre en el suelo y nos abrazamos. Estaba tan contento de vernos que se le escapaban las lágrimas. Nos volvió a abrazar.

—¡Por fin os he encontrado! —exclamó muy contento.

—¡Y mira lo que hemos encontrado nosotros! —dije yo, señalando el cofre.

Papá se quedó con la boca abierta.

—¡Un… un cofre de plata!

—¡Es el cofre de plata! —exclamé—. El cofre que buscábamos.

—Pero… pero… ¿cómo…?

Nunca había visto a mi padre tan sorprendido ni tan emocionado.

—La leyenda de la Leyenda Perdida —murmuró. Tomó el cofre

en sus manos con mucho cuidado—. Es el momento más emocionante de mi vida. ¿Cómo lo habéis hecho? ¿Cómo lo habéis encontrado? ¿Cómo habéis…?

De pronto se le quebró la voz. Estaba tan emocionado que no podía ni hablar.

—Ya te digo que es una larga historia.

—Por lo menos no podrás decir que no te hemos ayudado —terció Marissa.

Los tres nos echamos a reír.

—¿Os dais cuenta de lo que significa esto? —preguntó mi padre en un susurro—. ¿Os dais cuenta de la magnitud de este descubrimiento?

Se puso de rodillas y acarició con cuidado la suave tapa de plata.

—Es precioso. Precioso —repetía él sonriendo.

—¿Podemos abrirlo? —preguntó Marissa, agachándose a su lado—. Por favor, papá. ¿Podemos abrirlo y ver la Leyenda Perdida?

—¡Tenemos que verla! —exclamé yo, lleno de ansiedad—. ¡Tenemos que verla!

—Sí —asintió mi padre—. Tenemos que verla. —Se echó a reír—. Os aseguro que estoy más impaciente que vosotros.

Se inclinó sobre el cofre y agarró la tapa con las manos temblorosas.

—Precioso. Precioso —murmuraba.

Abrió el pasador del cierre y poco a poco fue levantando la tapa. Los tres nos inclinamos para mirar en el interior.

30

Estábamos tan inclinados sobre el cofre que nuestras cabezas se tocaban.

—¡No me lo puedo creer! —exclamé.

—¿Qué es esto? —chilló Marissa.

Mi padre se había quedado con la boca abierta.

Miraba el cofre con los ojos entornados, sin decir una palabra.

—¡Es… es un huevo! —dijo por fin.

Era un enorme huevo amarillo con pintas marrones.

—¿Pero dónde está la Leyenda Perdida? —preguntó Marissa—. ¡No puede ser esto!

Mi padre suspiró.

—No es el cofre que buscábamos.

Tomó el huevo con mucho cuidado, y con la otra mano tanteó el fondo del cofre.

—Aquí no hay nada más. Sólo un huevo.

Lo examinó, dándole vueltas lentamente, y luego volvió a ponerlo en su sitio.

—Sólo un huevo —repitió con voz triste.

Yo lancé un grito ronco.

—¡Pero Marissa y yo superamos la prueba! —gemí.

»Luka dijo que nos daría lo que estábamos buscando.

—¿Quién es Luka? —Mi padre cerró con cuidado el cofre y se levantó—. ¿Dónde podemos encontrarlo?

Antes de que nos diera tiempo a contestar, se oyó un rumor en el claro y apareció Plateado entre los arbustos.

—¡Plateado! —exclamé. Me acerqué corriendo y le acaricié la

cabeza y el cuello—. Llévanos con Luka —dije—. ¡Luka! ¡Llévanos con Luka!

Plateado meneó la cola. ¿Me habría entendido?

—¡Luka! —repetí—. ¿Dónde está Luka?

El perro se dirigió hacia los árboles, sin dejar de mover la cola. Papá tomó el cofre y los tres echamos a andar.

Marissa y yo no nos habíamos alejado mucho de la cabaña, así que no tardó en aparecer. Luka salió precipitadamente, con cara de sorpresa.

—No esperaba volver a veros por aquí —nos dijo, sacudiendo su largo pelo oscuro—. ¿Os habéis perdido?

—Pues no exactamente —contestó Marissa.

—Éste es nuestro padre —terció yo—. Por fin lo encontramos.

Papá y Luka se dieron la mano.

—Bueno, ¿entonces por qué habéis vuelto? —preguntó Luka, mirando el cofre que papá llevaba en las manos—. Os di lo que habíais venido a buscar.

—No exactamente —replicó mi padre—. Es un huevo.

—Sí, ya lo sé. —Luka se rascó el mentón.

—¡Pero no hemos venido aquí a buscar un huevo! —protesté yo.

Luka nos miró con los ojos entornados.

—¿No vinisteis al bosque en busca del Huevo Eterno de la Verdad?

—Pues no —dije yo—. Mi padre nos trajo en busca del manuscrito de la Leyenda Perdida.

—¡Vaya! —Luka se sonrojó—. He metido la pata. —Parecía muy preocupado.

—No pasa nada —le tranquilizó mi padre—. Todos nos equivocamos.

Luka movió la cabeza.

—Lo siento muchísimo —dijo—. Generalmente atino a la primera. La verdad es que pensaba que estabais buscando el Huevo Eterno de la Verdad.

Tomó el cofre de plata sin dejar de mover la cabeza y lo llevó a la cabaña. Un momento después volvió a aparecer.

—Perdonad, de verdad —dijo.

—¿Pero no puedes ayudarnos a encontrar la Leyenda Perdida? —pregunté—. ¿La tienes tú?

—¿Que si la tengo yo? —La pregunta pareció sorprenderle—. No, no la tengo yo. Y me parece que será muy difícil conseguirla.

—¿Por qué? —preguntó mi padre—. ¿Sabes dónde está?

—Sí. Os puedo indicar quiénes tienen la Leyenda Perdida, pero dudo que quieran desprenderse de ella. Llevan vagando por el bosque con ella quinientos años. No creo que os la den por nada del mundo.

—¡Sólo quiero hablar con ellos! —exclamó mi padre ansiosamente—. ¡Sólo quiero verla con mis propios ojos!

—Id en esa dirección —nos indicó Luka—. Cruzad dos arroyos, y probablemente los encontraréis en un amplio claro pedregoso. Suelen vagar por el bosque y no se quedan mucho tiempo en el mismo sitio. Pero creo que si os dais prisa los encontraréis allí.

—¡Gracias! —Mi padre le estrechó la mano.

Todos le dimos las gracias y salimos disparados en la dirección que nos había indicado. Estábamos tan nerviosos que los tres hablábamos al mismo tiempo.

—¿Creéis que nos recibirán bien?

—¿Nos dejarán ver la Leyenda Perdida?

—¿Creéis que me la prestarán? —preguntó mi padre—. Si me la prestaran sólo unas semanas…

—Luka dijo que tal vez no nos reciban bien.

—Dijo que no se separarán de ella por nada del mundo.

El trayecto no fue muy largo. Sólo tardamos una hora. Todavía hablábamos excitadamente cuando nos acercamos a su campamento. Nos detuvimos en una pequeña colina desde la que se dominaba un amplio claro pedregoso. Se veían varias tiendas hechas con pieles de animales. Algunas personas, vestidas con túnicas marrones, estaban encendiendo una hoguera en el centro del campamento. Un puñado de perros escuálidos se peleaban al borde del claro.

—Es increíble —dijo mi padre—. No puedo creer que estos nómadas tengan la Leyenda Perdida.

—¿Nos la dejarán ver? —pregunté.

—Sólo hay una forma de saberlo. —Mi padre comenzó a bajar la colina—. ¡Hola! —llamó—. ¡Hola!

31

—¡Hola!

En cuanto llegamos al claro, los perros dejaron de pelearse y salieron ladrando a recibirnos. Se quedaron frente a nosotros, con las cabezas gachas, enseñando los dientes y gruñendo.

Marissa, papá y yo nos detuvimos. Tres hombres salieron de las tiendas y apartaron a los perros. Los hombres estaban tan flacos como los animales.

—Hola —los saludó mi padre—. Soy el profesor Richard Clarke, y éstos son Justin y Marissa.

Los hombres hicieron un gesto solemne con la cabeza, pero no dijeron nada. Dos de ellos eran calvos. El otro tenía el pelo largo y ondulado, muy blanco, y un poblado bigote también blanco.

Marissa y yo nos miramos. Mi hermana tenía tanto miedo como yo. Aquellos hombres no parecían nada amistosos.

El del pelo blanco fue el primero en hablar.

—¿Cómo nos han encontrado? —preguntó con frialdad.

—Alguien nos indicó cómo llegar —contestó mi padre.

—¿Por qué ha venido hasta aquí, profesor Clarke?

—Estamos buscando la leyenda de la Leyenda Perdida.

Los hombres se quedaron muy sorprendidos. Inmediatamente se pusieron a cuchichear entre sí. Cuando terminaron, volvieron a mirarnos, pero no dijeron nada.

—¿La tienen ustedes? —preguntó mi padre ansioso—. ¿Tienen la Leyenda Perdida?

—Sí —contestó el del pelo blanco—. Sí, la tenemos nosotros.

Susurró algo a los dos calvos, que dieron media vuelta y se

alejaron apresuradamente, con sus túnicas aleteando tras ellos. Un instante más tarde volvieron con un cofrecillo de plata.

—¡Oh, Dios mío! —exclamó mi padre. Los ojos se le salían de las órbitas—. ¿Es eso? ¿Es de verdad la Leyenda Perdida?

—Sí —dijo el del pelo blanco—. ¿La quiere?

—¿Eh? —saltamos los tres a la vez.

El hombre me puso el cofre en las manos. Yo me llevé tal sorpresa que casi lo dejé caer.

—Es suya. —El hombre retrocedió.

Mi padre tragó saliva.

—¿Está seguro? —preguntó casi a gritos—. ¿Está seguro de que nos la quiere dar?

—Sí, llévesela —se apresuró a contestar el hombre—. Adiós.

Los tres hombres se marcharon muy deprisa a sus tiendas. Para nuestra sorpresa, comenzaron a levantar rápidamente el campamento. Docenas de nómadas recogían las tiendas, empaquetaban cosas, apagaban la hoguera. Unos momentos después habían desaparecido. El claro pedregoso quedó desierto, sin rastro de que hubiera estado habitado.

—Qué raro —dijo papá—. Esto es rarísimo.

Por fin nos alejamos de allí. Creó que los tres estábamos impresionados. Bueno, yo por lo menos.

—Nos han dado el tesoro sin discutir —dijo mi padre, frotándose la barba—. ¿Por qué? ¿Por qué nos han dado un tesoro así sin pedir riada a cambio? Me parece increíble.

Yo todavía llevaba el cofre en los brazos. Al cabo de un momento me detuve.

—¿Adónde vamos? —pregunté—. Vamos a abrir el cofre. Vamos a echar un vistazo.

—¡Sí! —convino mi padre—. Me he llevado tal sorpresa que no sé ni lo que hago.

Tomó el cofre y lo puso en el suelo.

—Vamos a verlo. ¡Por fin vamos a verlo!

Abrió la tapa, metió la mano y sacó un manuscrito. Era un grueso mazo de papeles amarillos escritos con diminuta letra negra.

—¡Sí! —exclamó encantado—. ¡Sí!

Bajó la antigua leyenda para que Marissa y yo pudiéramos verla también.

—¡Caramba! —dijo Marissa—. Realmente parece que tenga quinientos años, ¿verdad?

—Papá, ¿qué pone en la primera página? —pregunté, intentando descifrar las palabras.

—Pues… vamos a ver.

Mi padre se acercó el manuscrito a la cara y leyó en voz alta: «QUIEN POSEA LA LEYENDA PERDIDA ESTARÁ PERDIDO PARA SIEMPRE.»

—¿Eh? ¿Qué significa eso? —exclamé.

Mi padre se encogió de hombros.

—No significa nada. Es sólo parte de la leyenda.

—¿Seguro? —dijo Marissa con voz trémula.

Mi padre miró el manuscrito.

—Perdido para siempre… —murmuró—. «Quien posea la Leyenda Perdida estará perdido para siempre.» —De pronto alzó la vista hacia los árboles que nos rodeaban—. Eh, ¿dónde estamos?

Todos miramos los extraños y oscuros árboles. Nos habíamos alejado del claro pedregoso y el paisaje no nos resultaba familiar.

—¿Dónde estamos? —repitió mi padre.

—Estamos perdidos —susurré.